héroes del ESPACIO

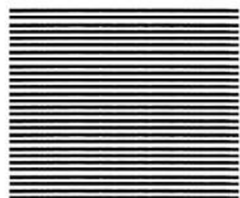
NOVELAS ECSA

LA LLAMADA DE THERKO

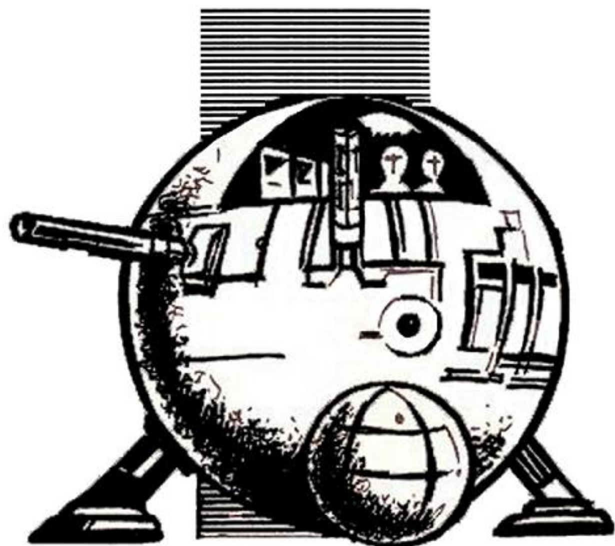
JOSEPH BERNA



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

106 — La semilla del horror, Rocco Sarto.

107 — Llamada espacial, Eric Sorenssen.

108 — Cuando los soles se extinguen, Law Space.

109 — Viaje sin final, Rocco Sarto.

110 — Un segundo de la eternidad, A. Thorkent.

JOSEPH BERNA

LA LLAMADA DE THERKO

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 111
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (23)

ISBN 84—85626—56—7
Depósito legal: B. 11.536—1982

Impreso en España — Printed in Spain

1ª. edición: mayo 1982
1.ª edición en América: noviembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 23

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona — 1982

CAPITULO PRIMERO

Bernd Stark se despertó y consultó su reloj digital.

Había dormido más horas de las que esperaba, así que abandonó rápidamente la litera y salió del camarote. Se había echado vestido, y ni siquiera se había quitado las botas, cortas y flexibles, por lo que no suponía ninguna incomodidad dormir con ellas.

Y lo mismo sucedía con el traje, un ligero aunque resistente mono espacial, plateado, brillante. Con él se desenvolvía uno como si no llevara nada encima, así que no resultaba en absoluto molesto tumbarse en la litera con el mono puesto.

Bernd Stark se dirigió a la cabina de mandos de la nave.

Una nave pequeña, pero moderna y veloz, con la que se podía emprender cualquier aventura espacial con plenas garantías.

Eso era Bernd Stark, un aventurero.

Lo mismo que Stefano Guerini, su compañero en aquel viaje.

Stark entró en la cabina.

—Hola, Stefano.

—¿Qué tal, Bernd? —respondió Guerini, sentado frente a los mandos.

—He dormido demasiado. ¿Por qué no me despertaste?

—No estoy cansado.

—Llevas muchas horas pilotando la nave.

—Me encanta, ya lo sabes.

—Anda, déjame a mí.

—No.

—¿Cómo que no?

—No estoy cansado, ya te lo he dicho.

—Pero...

—Siéntate, Bernd. Charlaremos un rato.

Stark ocupó el sillón del copiloto.

—Me parece que tú tramas algo, Stefano.

—¿Yo?

—Sí, lo sospecho.

Guerini se echó a reír.

—¿Qué podría tramar, Bernd?

—No lo sé, pero estoy seguro de que tienes alguna idea metida en la cabeza.

—Imaginaciones tuyas.

—Confiésalo, vamos.

—¡Pero si no hay nada que confesar, Bernd! —aseguró Guerini, riendo de nuevo.

—Quieres darme una sorpresa, ¿eh?

—No, de veras.

—Está bien, esperaré pacientemente —rezongó Stark, y contempló la maravillosa grandiosidad del Universo a través del mirador de la cabina de mandos.

Bernd Stark contaba treinta y tres años de edad, tenía el pelo negro y rizado, y poseía un rostro varonil. Era un tipo alto y musculoso, todo vigor y energía.

Stefano Guerini tenía tres años menos que su compañero, el pelo rubio, abundante, y la cara simpática.

Era casi tan alto como Bernd, aunque no tan corpulento.

Los dos aventureros permanecieron callados durante algunos minutos.

De pronto, apareció un planeta, muy lejano todavía.

Stark dio un respingo, pues no estaba previsto encontrar ningún planeta en su ruta hasta dentro de diez o doce horas, por lo menos.

—¡Mira eso, Stefano! —exclamó.

—¿El qué?

—¡Es un planeta! ¿Es que no lo ves?

—Oh, sí, allí está.

—¿Y te quedas tan tranquilo…?

—No querrás que me ponga a saltar, ¿verdad?

Stark observó a su compañero, descubriendo que tenía una expresión rara.

—Conque no tramabas nada, ¿eh? —masculló.

—En absoluto.

—¡Cambiaste el rumbo de la nave!

—¿Yo…?

—¡Ese planeta no estaba en nuestra ruta!

—¿Estás seguro?

—¡Maldita sea! ¿Es que vas a seguir tomándome el pelo,

Stefano...?

El rubio rió.

—No te enfades, hombre.

—¿Qué planeta es ése?

—Therko.

Bernd Stark volvió a respingar, ahora con más fuerza que antes.

—¿Therko...? —exclamó, con ojos agrandados.

Stefano lo miró.

—Vaya sorpresa la que te tenía reservada, ¿eh?

—¡Estás loco, Stefano!

—¿Por qué dices eso?

—¡Tú sabes tan bien como yo que Therko es un planeta muy peligroso!

—Habladurías.

—¡No son habladurías, Stefano! ¡La llamada de Therko es un hecho real!

—Yo nunca lo he creído, Bernd. Es más, estoy seguro de que se trata solamente de una leyenda.

—¡No es un leyenda, Stefano!

—Te demostraré que sí.

—¡Cambia el rumbo en seguida!

—Ni hablar.

—¡Te lo ordeno, Stefano!

El rubio miró a su compañero.

—No puedo creerlo, Bernd.

—¿El qué?

—Que tengas miedo. Un hombrón como tú, curtido en docenas de viajes espaciales, acostumbrado a afrontar peligros y a superarlos... ¿Qué es lo que quieres, que me avergüence de ti?

Stark titubeó.

—No es que tenga miedo, Stefano —murmuró.

—¿Qué es, entonces?

—Bueno, no puedo olvidar que en Therko han desaparecido misteriosamente muchas naves, y...

—Se dice que han desaparecido en Therko, pero nadie ha podido demostrarlo. Quizá desaparecieron en otros lugares del Cosmos, pero como Therko tiene esa fama de planeta peligroso, todas las desapariciones de naves se las achacan a él. Y eso no es justo, Bernd.

—La llamada de Therko...

—Te repito que es sólo una leyenda.

—Algunos aseguran haberla escuchado claramente.

—Mienten. Aunque quizá de una manera incoscien te, pues es posible que, dominados por el miedo que les inspira Therko, creyeran oír su misteriosa llamada.

Y salieron disparados, claro.

Stark no replicó.

Se limitó a observar fijamente el planeta, con algo de temor en los ojos.

Therko estaba cada vez más cerca.

Se trataba de un mundo mediano, de color rojo, con algunas manchas azules, que correspondían a sus mares. Era un planeta perfectamente redondo, y dos pequeños satélites giraban a su alrededor.

Stefano empezó a reducir la velocidad de la nave, que en aquellos momentos era realmente fantástica.

Tan sólo unos minutos después, Bernd Stark creyó oír un extraño canto, suave, lejano, melodioso, como interpretado por un coro de dulces voces femeninas.

—Stefano... —pronunció quedamente, sintiendo que se le erizaba el vello.

—¿Qué?

—¿No oyes nada?

—No.

—¿Seguro?

—¿Acaso tú oyes algo?

—Me temo que sí.

—¿Qué oyes, Bernd?

—Un coro de suaves y sugerentes suaves femeninas.

—La llamada de Therko, seguro —sonrió burlonamente Guerini.

—Así es como la describen los que aseguran haberla escuchado.

—Lo sé. Algunos dicen que es un coro de hermosas sirenas, con los pechos al aire y cola de pez.

—Eso te lo acabas de inventar tú.

Stefano rió.

—También tengo derecho a inventar cosas, ¿no?

Stark lo miró, cada vez más nervioso.

—¿De verdad no oyes nada nada, Stefano?

—Sí, oigo algo. Pero no es un canto de dulces y excitantes voces femeninas, sino el rumor de los mares de Therko, captado perfectamente por el micrófono exterior de la nave.

—¿Estás seguro de que es eso?

—¡Pues claro! El rumor de los mares, el viento, la atmósfera... Esa es la llamada de Therko, aunque el temor hace imaginar otras cosas.

Stark no insistió.

Quizá su compañero tenía razón.

El, sin embargo, juraría que eran voces de mujer lo que oía.

Incluso le parecía que le llamaban, que le invitaban a reunirse con ellas para pasarlo en grande.

¿Figuraciones suyas...?

No tardaría mucho en saberlo, puesto que la nave estaba sobrevolando ya la rojiza superficie de Therko.

Stark, desde luego, seguía oyendo el misterioso coro de voces femeninas. Hasta el momento, sin embargo, no habían encontrado el menor rastro de vida humana en el planeta.

De pronto, al salvar una cadena de altas montañas, apareció el mar.

Un mar de aguas tranquilas, maravillosamente azules, cuyas olas bañaban suavemente la dorada arena de la playa.

Y allí, en aquella hermosa playa, Stefano Guerini y Bernd Stark descubrieron algo que los dejó absolutamente perplejos.

CAPITULO II

Marvin Kelton se disponía a meterse en la circular bañera dorada, llena casi hasta los bordes de un agua deliciosamente templada, cuando sonó el timbre de su lujoso apartamento, ubicado en la zona sur de la hermosa ciudad de Acapulco.

La inoportuna llamada, como es lógico, contrarió bastante a Marvin, que estuvo tentado de no acudir a abrir. Sin embargo, no fue capaz de hacerse el sordo. Podía ser algo importante, así que se

colocó la corta bata de baño, muy brillante y con un precioso dragón dibujado en la espalda, y fue a ver quién era.

Marvin Kelton tenía treinta y dos años de edad, medía casi el metro noventa, y poseía una costitución fuerte y recia. El pelo, oscuro y ensortijado, bastante crecido, contribuía a darle la apariencia de un antiguo gladiador romano.

Su aspecto, tremendamente enérgico y viril, resultaba muy del agrado de las mujeres, por lo que Marvin no tenía ningún problema cuando deseaba compañía femenina. Había mantenido relaciones íntimas con infinidad de mujeres, y la mayoría de ellas eran verdaderos monumentos.

Con el ceño fruncido, Marvin Kelton alcanzó la puerta y abrió.

Al instante, su ceño se desarrugó.

Era otro «monumento».

Y totalmente desconocido, además.

Marvin, con gran descaro, escrutó de pies a cabeza a la chica, cuya atrevida indumentaria le permitía exhibir buena parte de sus encantos, pues llevaba solamente unos reducidos shorts plateados y un chaleco brillante, muy corto y muy abierto.

Los ojos de Marvin Kelton, lógicamente, se recrearon en la contemplación de los turgentes senos de la chica, tan generosamente exhibidos.

—Qué par de gaitas… —murmuró, casi sin darse cuenta.

—¿Decía, señor Kelton…? —preguntó la belleza, que tenía el cabello rojizo los ojos verde esmeralda, y los labios carnosos y sensuales.

Marvin emitió un carraspeo y preguntó a su vez:

—¿Nos conocemos de algo, preciosa?

—De nada.

—Pues es una lástima.

—¿Por qué?

—Mírate en un espejo de cuerpo entero, y encontrarás la respuesta.

La hermosa pelirroja dejó escapar una risita de niña de ocho años, aunque ella debía de andar ya por los veinticuatro o veinticinco.

—¿Es siempre tan galante con las mujeres, señor Kelton?

—Sólo con las que me gustan mucho.

—Otro piropo.
—¿Cómo te llamas, encanto?
—Corinna Wellch.
—¿Quieres pasar, Corinna?
—No he venido para quedarme en la puerta.
—Lógico —sonrió Marvin—. Anda, entra.
—Gracias.
Corinna Wellch entró en el apartamento y Marvin Kelton cerró la puerta.
—¿En qué puedo servirte, Corinna?
—Antes de explicárselo, dígame si he sido inoportuna, señor Kelton.
—¿Qué te hace pensar eso?
—Bueno, acudió a abrir en bata, descalzo, y con cara de pocos amigos...
—Bien, la verdad es que me disponía a tomar un baño cuando tú llamaste.
—Oh, cuánto lo siento.
—¿Quieres que lo tomemos juntos?
—¿El qué?
—El baño, naturalmente.
—¡Señor Kelton! —exclamó la pelirroja, riendo. —La bañera es grande. Cabemos los dos perfectamente.
—No lo dudo, pero...
—¿Qué pasa, te da vergüenza?
—Mucha.
—Se te pasará mientras te enjabono la espalda. —Agradezco mucho su invitación, señor Kelton, pero sucede que yo ya me bañé antes de salir de casa. —El agua no hace daño a nadie, que yo sepa. —No insista, se lo ruego.
—Está bien, olvidemos lo del baño.
—Tómelo usted, si lo desea. Yo esperaré a que termine, no tengo ninguna prisa.
—Tampoco yo la tengo, así que me bañaré después. —Como prefiera.
—Hablaremos mejor sentados, ¿no crees?
—Desde luego.
Marvin la cogió de la mano y la llevó hasta el larguísimo sofá, en

donde se sentaron los dos.

—¿Te apetece beber algo, Corinna?

—En este momento no, gracias. Más tarde, tal vez. —Como quieras.

—¿Usted tampoco toma nada, señor Kelton?

—Me gustaría tomar muchas cosas, pero no sé si tú me dejarás... —respondió Marvin, posando su mano sobre el muslo derecho de Corinna.

Ella le miró la mano y dijo:

—¿Sabe que es usted un tipo muy atrevido, señor Kelton?

—Eso dicen.

—Si empieza a toquetearme, no podremos hablar con tranquilidad.

—Podemos hablar después.

—¿Después de qué? ¿De hacer el amor?

—Es una gran idea.

—Es una gran idea.

Corinna le cogió la mano y la retiró de su muslo. —No he venido a eso, señor Kelton.

—Sospecho que no te gusto.

—Se equivoca. Es usted un hombre muy apuesto, y me gusta. Pero ésta no es una visita de placer, sino de negocios.

—¿Negocios?...

—Sí, he venido a contratarle.

—Necesitas mi nave, ¿eh?

—Exacto.

—¿Para viajar adónde?

—A Therko.

Marvin Kelton no pudo reprimir un respingo. —¿Therko...?

—Sí, eso he dicho.

—¿Qué se te ha perdido en Therko, guapa?

—Un primo.

—¿Primo?

Corinna Wellch explicó:

—Se llama Stefano Guerini, y emprendió viaje con otro aventurero llamado Bernd Stark. Stefano hace tiempo que deseaba ir a Therko, pero no encontraba a nadie que quisiera acompañarle.

—Hasta que dio con Bernd Stark, ¿no?

La pelirroja movió la cabeza.

—Se equivoca. Stark no sabía que Stefano pensaba ir a Therko, porque mi primo no se lo dijo. Había recibido ya muchas negativas, y no quería recibirla también de Bernd Stark.

—O sea, que lo llevó engañado.

—Así es.

—Vaya pájaro, tu primo.

—No es mal tipo, señor Kelton.

—¿Cómo sabes que se han perdido los dos en Therko?

—Porque no han vuelto.

—Ya.

—¿Me llevará usted a Therko, señor Kelton?

Marvin compuso una mueca.

—Me temo que no, preciosa.

—¿Por qué?

—Therko es un planeta muy peligroso.

—¿Y eso le asusta?

—Sinceramente, sí.

—Me han engañado, pues.

—¿Qué quieres decir?

—Me habían asegurado que era usted un hombre valiente y decidido, señor Kelton. Sin embargo, sólo se muestra atrevido con las mujeres.

Marvin se picó.

—Eso no es cierto, Corinna.

—Le asusta viajar a Therko, acaba de confesarlo.

—Sí, pero...

—Yo soy una mujer, y estoy dispuesta a ir.

—¿Estás dispuesta, también, a quedarte allí para siempre?

—No creo que eso ocurra.

—¿Por qué no? Stefano y Bernd fueron a Therko, y no han podido regresar. Y no es la primera vez que eso sucede. Otros, antes que ellos, viajaron a ese misterioso planeta y quedaron atrapados en él.

—Es sólo una leyenda.

—¿Quién lo dice?

—Stefano lo decía.

—Seguro que ya no opina lo mismo. Suponiendo que siga con vida, claro.

Corinna Wellch se estremeció perceptiblemente.

—¿Esos son los ánimos que me da, señor Kelton?

Marvin comprendió que sus palabras habían sido muy poco oportunas, y se apresuró a disculparse.

—Lo siento, Corinna. No debí decir eso.

—Puede que Stefano y Bernd hayan muerto, señor Kelton. Pero también es posible que sigan con vida y necesiten ayuda. Sólo lo sabremos yendo a Therko. Y únicamente usted puede llevarnos.

—¿Llevarnos, has dicho?

—Sí, no haría el viaje sola con usted.

—Me tienes miedo, ¿eh?

—En absoluto. Sé defenderme muy bien de los hombres, y ninguno obtiene de mí más de lo que yo le permito que obtenga.

—¿Quién más vendrá?

—Tres personas. Dos hombres, y una mujer. Ella se llama Lenka Singh, y es una amiga íntima de Stefano. Ellos son Anders y Leónidas, amigos también.

—Mucho deben de apreciarle los tres, cuando están dispuestos a arriesgar sus vidas viajando a Therko.

—Le aprecian mucho, es cierto.

Marvin guardó silencio.

Parecía estar reflexionando, por lo que Corinna no quiso interrumpirle, y se mantuvo callada también, aunque no dejó de mirarle ni un solo instante.

De pronto, Marvin dijo:

—Therko está lejos, Corinna.

—Lo sé.

—Y mi tarifa es alta.

—También lo sé.

—¿Sabes cuánto os costará el viaje?

—Le pagaremos lo que pida, no se preocupe por eso.

—Estoy seguro de que me arrepentiré, pero os llevaré a Therko.

El bello rostro de Corinna Wellch se iluminó.

—¿De veras, señor Kelton…?

—Sí, maldita sea. No sé cómo me he dejado convencer, pero lo has conseguido. Quizá fue porque heriste mi amor propio al poner en duda mi valor.

—En ningún momento he dudado de su valor, señor Kelton.

—¿Cómo que no? ¡Si faltó poco para que me llamaras gallina!

Corinna Wellch rió alegremente.

—Lo dije para picarle, de veras.

—Lo confiesa, ¿eh?

—Sí.

—¿No temes que me eche atrás?

—Más bien temo que se me eche encima. Está tan cerca, y le gustan tanto las mujeres...

Marvin la atrapó por la cintura, desnuda, cálida, suave.

—Tú me gustas una barbaridad, Corinna.

—Me siento muy halagada, señor Kelton.

—Se acabó lo de señor Kelton, llámame Marvin y tutéame.

—¿Vas a besarme, Marvin?

—Me estoy muriendo de ganas.

—Pues no te reprimas ni un segundo más, porque te necesitamos vivo.

Rieron los dos.

Después, Marvin Kelton besó apasionadamente la preciosa boca de Corinna Wellch, quien no tuvo inconveniente es colaborar activamente en la caricia.

CAPITULO III

Lo que dejó absolutamente perplejos a Stefano Guerini y Bernd Stark, fue que en aquella larga y hermosa playa, descubierta al dejar atrás la cadena de altas montañas rojizas, estaban bañándose varias docenas de mujeres, todas ellas jóvenes y hermosas.

Las había rubias, morenas, pelirrojas, castañas...

Para todos los gustos.

Y lo más sensacional de todo, era que las chicas se bañaban o se tumbaban al sol completamente desnudas.

No es que esto supusiera una novedad para los atónitos Stefano y

Bernd, pues corría el año 2.155 y en la Tierra era bastante frecuente que algunas mujeres se bañasen o tomasen el sol en la playa y en las piscinas con los pechos, o con todo, al aire.

Algunas mujeres, sí.

¡Pero no todas!

De cualquier manera, la perplejidad de Stefano y Bernd no se debía exclusivamente a que todas aquellas mujeres se hallasen totalmente desnudas en la playa. También influía, y mucho, el hecho de que todas las mujeres fuesen tan bellas y tan deseables, tuviesen una edad similar, y estuviesen solas en la playa, sin la compañía de un solo varón.

Y lo curioso del caso es que ninguna de las mujeres se asustó, al ver aparecer por encima de las montañas la nave terrestre, haciendo rugir sus poderosos reactores nucleares.

Es más, se diría que la estaban esperando, a juzgar por su reacción, pues levantaron los brazos y los agita ron alegremente, como invitando a sus tripulaciones a que posaran la nave sobre la dorada arena y bajasen a divertirse con ellas.

Lógico, pues, que a Stefano Guerini y Bernd Stark les costase creer lo que sus asombrados ojos estaban viendo.

—No estamos soñando, ¿verdad, Bernd? —murmuró Stefano.

—Me temo que no.

—¿Por qué hablas de temor?

—La llamada de Therko no es una fantasía, Stefano. No era el rumor de los mares o del viento lo que escuchábamos, sino las voces de todas esas mujeres. Se siguen escuchando. Nos llaman...

—¡Pues no seré yo quien las haga esperar! —exclamó el rubio, riendo.

—¿Qué te propones, Stefano?

—¡Posar la nave en la playa, naturalmente!

—Puede ser muy peligroso, te advierto.

—¿Por qué dices eso?

—¿Olvidas que en este planeta han desaparecido muchas naves? Y no vuelvas a decirme que se trata sólo de una leyenda, después de haber comprobado que lo de la llamada de Therko no era ningún cuento.

—Cierto, no lo es. Y puede que lo de la desaparición de varias naves, en este planeta, también sea verdad. Pero no porque les haya

ocurrido algo a sus tripulantes, sino porque éstos decidieron quedarse para siempre en esta especie de paraíso terrenal que es Therko.

—¿Bromeas?

—¡No, lo digo muy en serio, Bernd!

—Me resisto a creerlo.

—Observa a todas esas mujeres, Bernd. ¿No son lo más maravilloso que ojos humanos han visto jamás?

—Son muy hermosas, tengo que reconocerlo, pero...

—¡Son auténticas sirenas, Bernd! ¡Y sin cola de pez! ¡Tienen piernas, trasero, y...! ¡De todo, chico, de todo! —rió Guerini.

Stark siguió preocupado.

—Yo no me fío un pelo, Stefano. Puede ser una trampa.

—¿Trampa?

—Sí, y esas preciosas mujeres desnudas, son el cebo.

—¡No digas tonterías, Bernd!

—Hazme caso y larguémonos, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Largarnos, sin haber disfrutado con ninguna de las maravillosas mujeres de Therko...? ¡Tú estás loco, Bernd!

—Tengo la corazonada de que estamos en peligro, Stefano.

—¡Bobadas! Lo que pasa es que estás influenciado todavía por las cosas que has oído contar sobre Therko. Historias fantásticas, fruto del temor de quienes las cuentan. La realidad está ante nuestros ojos, Bernd. Por lo visto, en Therko abundan las mujeres. Y como todas son hermosas y deseables, los hombres que se dejan caer por este planeta se encuentran en una especie de harén. Por eso no quieren abandonar Therko. Pero no te preocupes, nosotros sí lo abandonaremos.

Nos divertiremos un poco con esas preciosidades y luego nos marcharemos.

—Suponiendo que nos dejen.

—¿Otra vez con tus temores...?

—Lo siento, no puedo evitarlo.

—Fíjate bien en las mujeres de Therko, Bernd. Están desnudas, no se ven sus ropas por ningún sitio, ni se ve arma alguna. ¿Qué daño pueden hacemos?

—Son muchas, Stefano. Si se echan sobre nosotros...

—¡Ojalá! ¡Debe ser algo fantástico quedar sepultado bajo un

montón de cuerpos femeninos desnudos! —respondió Guerini, riendo nuevamente.

Stark continuó serio.

Seguía sin estar de acuerdo con su compañero, pero como comprendía que no lograría hacerlo cambiar de idea, por mucho que dijera, no insistió más y permitió que Stefano posara la nave en la playa, levantando una nube de arena.

Cuando la nube se disipó, las mujeres rodearon la nave, alegres, sonriendo, sin dejar de agitar los brazos.

No era lo único que se agitaba, claro.

El espectáculo, por tanto, no podía ser más excitante.

Ya no quedaba una sola mujer bañándose en el mar, todas se hallaban rodeando la nave terrestre, a la espera de que sus tripulantes descendieran.

Después de cerrar todos los mandos, Stefano indicó:

—¡Abajo, Bernd! ¡Esas diosas del Olimpo nos esperan!

—Cojamos armas, Stefano.

—¿Armas?

—Sí, pueden hacernos falta.

El rubio sonrió.

—Estoy seguro de que no, pero si de esa manera te sientes más tranquilo, las cogeremos. Anda, vamos por ellas.

Stefano y Bernd se colocaron sendos cintos, de los que pendía una flamante pistola de rayos láser. Después, tomaron un par de fusiles de rayos ultravioleta.

—¿Te sientes mejor, Bernd? —preguntó Stefano.

—Ligeramente —rezongó Stark.

Guerini rió y le palmeó la robusta espalda.

—Alegra esa cara, hombre, que vamos a hacer el amor, no la guerra.

—Ya veremos.

—¡En marcha, pesimista!

Los dos aventureros descendieron de la nave.

—¡Hola, precisosas! —saludó Stefano, levantando el brazo izquierdo, porque en la mano derecha sostenía el fusil de rayos ultravioleta—. ¿No vais a darnos un beso de bienvenida...?

Las mujeres de Therko parecieron entender, pues se apresuraron a rodear a los dos hombres y empezaron a besarlos, a acariciarles el

rostro, el pelo, el cuello...

Como había tantas, tenían que hacer cola.

Stefano no paraba de reír.

—¡Esto es fantástico, Bernd! ¡Las mujeres de Therko no sólo son hermosas como diosas, sino también cariñosas, dulces, complacientes! ¡Lo vamos a pasar en grande!

Stark continuaba con la mosca tras la oreja, pero como al fin y al cabo era un hombre, y le gustaban las mujeres como al que más, no pudo resistir la tentación de tocar a las exuberantes hembras de Therko, aunque lo hizo con disimulo.

Guerini también las tocaba, pero sin ningún disimulo.

—¡Pero qué tremendas estáis, madre! ¡Si no voy a saber a cuál elegir! —decía, mientras acariciaba, palmeaba y pellizcaba todo lo que se ponía al alcance de su mano libre.

Empezaba a lamentar haber cogido el fusil de rayos ultravioleta, porque el arma le impedía poder utilizar las dos manos con las mujeres de Therko.

De pronto, una de las hembras empezó a bajar la cremallera del mono espacial de Stefano.

El rubio se dio cuenta y exclamó:

—¡Quieren que nos desnudemos, Bernd!

—Sí, eso parece —repuso Stark, cuyo mono espacial también estaba siendo abierto por una de las mujeres de Therko.

—¡Pues las complaceremos! —decidió Stefano, dejando caer al suelo su fusil.

Después, se desabrochó el cinto y lo dejó caer también.

Las mujeres que lo rodeaban lo obligaron con suavidad a sentarse sobre la fina arena, sin dejar de besarle y de acariciarle.

Stark también fue dulcemente obligado a sentarse en la arena.

Las mujeres de Therko les quitaron las botas y los monos espaciales, dejándolos a ambos en slip.

Entonces, los obligaron a tenderse totalmente sobre la arena y cubrieron sus cuerpos, prácticamente desnudos, de besos y suaves caricias, excitándolos cada vez más.

—¡Qué sabias son, Bernd! —dijo Stefano—. ¡Me están volviendo loco de placer!

Stark no respondió.

También a él le producían un intenso placer los besos y las

hábiles caricias de las mujeres de Therko, pero seguía sin fiarse de ellas, por lo que procuraba tener a mano su fusil de rayos ultravioleta y su pistola de rayos láser.

Sin embargo, como también tenía a mano otras cosas mucho más tentadoras, Bernd Stark acabó olvidándose por completo de sus armas.

Y fue un grave error, que Stefano Guerini y él iban a pagar muy caros, pues las hermosas mujeres de Therko distaban mucho de ser lo que en aquellos momentos parecían.

Cuando Stefano Y Bernd lo descubriesen, sería tarde.

Su suerte estaba echada.

CAPITULO IV

La nave de Marvin Kelton se hallaba dispuesta para despegar del astropuerto de Acapulco. Se trataba de una nave algo mayor que la de Stefano Guerini, pero igualmente veloz y segura. Disponía de cuatro camarotes, con litera doble, por lo que podían viajar en ella hasta ocho personas con toda comodidad.

Marvin esperaba la llegada de Corinna Wellch, Len ka Singh, Anders y Leónidas. Los había citado allí, en el astropuerto, a las seis de la mañana, y apenas faltaban diez minutos para esa hora.

Cuando faltaban exactamente cinco minutos, llegaron los cuatro.

Marvin, que vestía un ligero mono espacial, color bronce, no conocía todavía a la amiga íntima de Stefano Guerini, ni a Anders y Leónidas.

Corinna se los presentó, y Marvin estrechó la mano a los tres.

Anders y Leónidas eran dos tipos jóvenes y fornidos, bastante altos, bien musculados. El primero tenía el pelo rojo y las mejillas salpicadas de pecas, lo que le daba un cierto aire travieso a su cara, realmente simpática. El segundo era moreno y tenía las facciones un tanto rudas, aunque no desagradables.

La que, desde luego, no tenía nada desagradable, era Lenka Singh.

Frisaba los veinticinco años de edad, y poseía un físico realmente portentoso. Tenía el pelo muy rubio, los ojos azules y rasgados, los pómulos altos y marcados, una nariz perfecta, y los labios perfectamente trazados.

Marvin tuvo que reconocer que el primo de Corinna tenía buen gusto para escoger a sus amigas. Con la rubia Lenka, desde luego, se lo debía pasar fenomenal en la cama.

Corinna Wellch se dio cuenta de que Lenka Singh causaba una gran impresión a Marvin Kelton, y viceversa, pues también Lenka miraba de una manera muy especial al apuesto Marvin.

Corinna no hizo ningún comentario al respecto, porque no era el momento oportuno. Pero ya lo haría, cuando estuviese a solas con Marvin.

Lenka Singh vestía un ceñido traje azul brillante, de una sola pieza, que dibujaba descaradamente todas y cada una de las espléndidas formas.

Corinna Wellch llevaba un traje amarillo, igualmente ceñido, que también marcaba muy sugestivamente sus tentadoras curvas de mujer en la plenitud de su belleza.

Tras el breve intercambio de saludos, Marvin condujo a Corinna, Lenka, Anders y Leónidas a los camarotes, para que se instalasen en ellos, indicándoles cuál era el suyo, para que no lo ocupasen.

Lenka se apresuró a elegir el camarote que estaba al lado del de Marvin, lo cual le pareció muy significativo a Corinna, aunque ésta no dijo nada, claro, limitándose a ocupar el camarote que se hallaba frente al de Marvin.

Anders y Leónidas ocuparon el cuarto camarote, el que no tendrían más remedio que compartir, porque no quedaban más.

Mientras los cuatro dejaban sus cosas en sus respectivos camarotes, Marvin se dirigió a la cabina de mandos, no sin antes advertir a los viajeros que la nave iba a despegar.

Instantes después, la nave de Marvin Kelton partía del astropuerto de Acapulco, ganando rápidamente velocidad.

* * *

Corinna Wellch fue la primera en acudir a la cabina de mandos.

—Hola, Marvin.

—Hola, preciosa.

—¿Puedo sentarme?

—Naturalmente.

Corinna ocupó el asiento del copiloto.

Aparte del sillón del piloto, que ocupaba lógicamente Marvin, y el del copiloto, había otros dos asientos detrás.

—Te gustó Lenka, ¿eh?

—¿Qué?

—No te hagas el sordo. Sé que me has oído perfectamente.

Marvin tosió ligeramente.

—Sí, no está mal.

—Es la novia de Stefano, no lo olvides.

—¿Novia?... Tú dijiste que era sólo una amiga.

—Una amiga íntima. Se acuesta con él.

—Eso ya lo suponía. Pero, si no están prometidos, no puede decirse que sean novios.

—Como si lo fueran.

—No estoy de acuerdo, Corinna. Si yo tuviera que llamar novias a todas las mujeres que de vez en cuando se acuestan conmigo...

—Quiero que me prometas que no intentarás nada con Lenka.

—De ti depende.

—¿Qué quieres decir?

—Si intento algo contigo, y tengo éxito, me olvidaré por completo de Lenka. Pero, si fracaso, como fracasé en mi apartamento ayer, cuando viniste a contratarme...

—No creo que fracasaras.

—Sí, rotundamente.

—Me abrazaste, me besaste, me acariciaste las piernas...

—Pero no hicimos el amor.

—Cierto.

—Entonces, fracasé.

—Yo no soy de las que se acuestan con un hombre apenas conocerle, Marvin. Aunque me guste mucho.

—Pues yo, si una mujer me gusta...

—Te la llevas a la cama en seguida.

—Exacto.

—A mí no querías llevarme a la cama, sino a la bañera.

Marvin rió.

—Es cierto. Y si hubieras aceptado, no te habrías arrepentido. Se pueden hacer diabluras en una bañera.

—Vamos, prométeme que no intentarás trajinarte a Lenka, Marvin.

—Depende de ti, ya te lo dije antes.

—Eso es chantaje.

—Yo no lo veo así. Therko está lejos, el viaje es largo, y habiendo dos mujeres a bordo, es tonto que uno reprima sus deseos naturales. A mí, sinceramente, me gustaría más hacer el amor contigo que con Lenka, pero si tú me rechazas...

Corinna apretó los labios.

—¿Sabes lo que te digo, Marvin?

—Te escucho.

—¡Que puedes hacer lo que te parezca!

—¿Por qué te pones así?

—¡Me pongo como quiero!

—Vamos, cálmate y dime que esta noche haremos ardientemente el amor.

—¡Esta noche no haremos nada!

—Qué lástima.

—¡A mí no se me consigue con amenazas!

—Eres una chica muy desagradecida, Corinna. Acepté llevaros a Therko, aun sabiendo lo peligroso que es ese planeta, y tú...

—Debí mostrarte mi agradecimiento metiéndome en la bañera contigo, ¿no?

—Confiaba en que lo hicieras, debo confesarlo.

—¡Pues te equivocaste! ¡Yo no pago así los favores que me hacen!

—Ya me di cuenta.

Corinna Wellch se levantó bruscamente del sillón del copiloto.

—¿Adónde vas? —preguntó Marvin.

—¡A que me dé el aire! ¡Este está viciado!

Marvin no pudo reprimir una carcajada.

—Lleva cuidado, cuando te asomes a la terraza. Podrías caerte, y este piso está muy alto —bromeó.

—¡Al diablo! —rugió la muchacha, y salió hecha una furia de la cabina de mandos.

CAPITULO V

Totalmente ajenos al terrible peligro que corrían, Stefano Guerini y Bernd Stark seguían divirtiéndose con las sensacionales mujeres de Therko, que continuaban mostrándose sumamente cariñosas y dulces con ellos.

Las más próximas, porque el resto parecía aguardar turno.

No era así.

Lo que realmente hacían, era mantener cercados a los dos varones terrestres, para que no descubriesen lo que iba a suceder.

Lo que estaba sucediendo ya, para ser exactos.

De haberlo visto, tanto a Stefano como a Bernd se les hubiesen puesto todos los pelos de punta.

No era para menos, desde luego.

Algunas de las mujeres, las que quedaban más alejadas de la pareja de aventureros, habían empezado a sufrir una espantosa mutación, y estaban adquiriendo un aspecto horripilante, realmente monstruoso.

Lo que antes era un par de largas y torneadas piernas, tersas y suaves como el terciopelo, se había convertido en un par de horribles extremidades de batracio, de piel verdosa y llena de rugosidades.

Lo mismo había sucedido con los brazos, ahora mucho más gruesos y con los dedos de las manos, cuatro exactamente, unidos por unas delgadas membranas, tal como sucedía con los dedos de los pies.

Las magníficas caderas, los tentadores traseros, y los prominentes senos, habían desaparecido por completo, siendo sustituidos por un cuerpo rechoncho, de piel gruesa y dura, repleta de verrugas.

Aquellos horribles seres tenían todo el aspecto de una gigantesca rana, incluida la cabeza, que era realmente alucinante, con su enorme boca, los ojos redondos y saltones, mirando de un modo que helaba la sangre.

En lo alto de su monstruosa cabeza tenían un par de antenas delgadas, flexibles, vibrantes. Medirían unos treinta centímetros de

longitud, y parecían muy peligrosas.

El proceso de mutación había concluido.

Eran doce, exactamente, los seres que habían abandonado la tentadora apariencia de mujeres terrestres y recobrado su aspecto normal, el que tenían los habitantes de Therko.

Stefano Guerini y Bernd Stark seguían sin enterarse de que una docena de aquellas mujeres, tan hermosas como falsas, se habían convertido en monstruosos seres.

Y es que continuaban cercados por todas las demás, sin poder ver más que a las que tenían prácticamente encima.

Los seres de Therko que habían recobrado su aspecto natural se agacharon y hurgaron en la arena con sus manos de batracio, descubriendo los látigos que tenían escondidos bajo ella.

Los empuñaron y se irguieron, dispuestos a utilizarlos con la pareja de varones terrestres.

Uno de los seres emitió un rugido, y los otros se apresuraron a imitarle.

Era la señal para que los seres que conservaban la apariencia de bellas mujeres terrestres se apartasen rápidamente de la pareja de aventureros, llevándose sus armas.

Las falsas mujeres obedecieron, alejándose velozmente de los varones terrestres, tras haberse apoderado del par de fusiles de rayos ultravioleta y el par de pis tolas de rayos láser.

Stefano Guerini y Bernd Stark se habían alarmado al escuchar los escalofriantes rugidos, y pensaron que las mujeres huían porque se aproximaban algunas bestias salvajes.

Intentaron empuñar sus armas, pero no las encontraron junto a ellos.

Casi al momento, descubrían a los doce habitantes de Therko que habían abandonado secretamente su falsa apariencia de exuberantes mujeres terrestres.

Formaban un perfecto círculo en tomo a la pareja | de aventureros, mientras que las falsas mujeres formaron otro círculo más allá.

Stefano y Bernd, lógicamente, se quedaron horrorizados.

—¡Te lo dije, Stefano! —chilló Stark—. ¡Te dije que era una trampa!

—Debí hacerte caso —musitó el rubio.

—¡Nos hemos dejado atrapar estúpidamente! ¡Las mujeres desnudas eran un cebo, y nosotros lo mordimos como idiotas!

—Lo siento, Bernd.

—¡De nada sirve sentirlo! ¡Las mujeres nos arrebataron las armas, y esos horribles seres nos tienen cercados!

—Sólo empuñan látigos. Lucharemos con ellos e intentaremos romper el cerco.

—¡Son una docena, Stefano! ¡Y tras ellos están las mujeres!

—Ellas no me preocupan. Si conseguimos romper el cerco de esos monstruosos seres, romperemos también el que forman las mujeres y alcanzaremos la nave. Dentro de ella, estaremos a salvo.

—¿Olvidas que tienen nuestros fusiles y nuestras pistolas...? ¡Pueden disparar sobre nosotros!

—No creo que las mujeres sepan usar nuestras armas. Vamos, Bernd, tenemos que intentarlo.

Stefano se puso en pie, y su compañero le imitó.

Seguían los dos en slip, pero no tuvieron tiempo de ponerse los monos espaciales y las botas. Hubiera sido muy conveniente, para proteger sus cuerpos desnudos de los látigos de sus enemigos, pero éstos les atacaron con ellos apenas ver que se incorporaban.

Stefano y Bernd quedaron asombrados al comprobar la increíble capacidad que poseían para saltar aquellos horrorosos seres.

¡Daban unos saltos enormes!

¡Fantásticos!

No sólo tenían aspecto de ranas gigantescas, sino que saltaban con la misma facilidad que ellas.

Los duros látigos de los seres de Therko empezaron a caer sobre los desnudos cuerpos de la pareja de varones terrestres, arrancándoles la piel y causándoles unos dolorosos surcos sanguinolentos.

Stefano y Bernd rugieron, al sentir la terrible mordedura de los látigos.

—¡A ellos, Bernd! ¡Ataquémosles o nos destrozarán a latigazos! —dijo el rubio.

Stark estuvo de acuerdo, así que se arrojó sobre uno de los habitantes de Therko, venciendo el dolor que sentía en todo el cuerpo, claramente marcado ya por los latigazos de aquellos espeluznantes seres.

Guerini saltó sobre otro, derribándolo.

Stark también hizo rodar por la arena al suyo.

Los látigos de los otros seres siguieron restallando en los cuerpos desnudos de los terrestres.

Era muy difícil para Stefano y Bernd defenderse así, recibiendo un latigazo tras otro, e incluso dos o tres, pero no tenían más remedio que intentarlo.

Si no rompían el cerco y alcanzaban la nave, estaban perdidos.

—¡Malditos! —rugió Stefano, estremecido de dolor—. ¡Intenta apoderarte de un látigo, Bernd!

A Stark le pareció una buena idea, y se lanzó sobre uno de aquellos seres, aferrándole el asqueroso brazo con que descargaba el látigo.

Guerini hizo algo parecido.

Los seres de Therko, lógicamente, lucharon por no dejarse arrebatar los látigos, mientras sus compañeros hacían uso ininterrumpido de los suyos, destrozando las espaldas, los pechos, y las piernas de los terrestres, totalmente ensangrentados ya.

A pesar del terrible castigo, Stark consiguió arrebatarle el látigo a su enemigo.

El habitante de Therko rugió, enfurecido, y atacó al terrestre con sus antenas, que soltaron una especie de descarga eléctrica en cuanto tocaron al cuerpo de Stark, que lanzó un tremendo alarido y soltó el látigo que acababa de arrebatar.

Guerini corrió idéntica suerte, pues también él había logrado arrancarle el látigo a su enemigo, y éste reaccionó de la misma manera que el ser que luchaba con Stark.

Los habitantes de Therko aprovecharon aquel momento para descargar con más saña aún sus látigos sobre los cuerpos de los terrestres, muy debilitados por las terribles descargas eléctricas, que casi les habían hecho perder el sentido.

Stefano y Bernd no pudieron seguir defendiéndose, y poco después perdían ambos el conocimiento, porque los látigos de aquellos malditos seres continuaron cayendo sobre ellos sin la menor piedad.

CAPITULO VI

Tan sólo unos minutos después de que Corinna Wellch abandonara, terriblemente enfurecida, la cabina de mandos de la

nave de Marvin Kelton, era Lenka Singh la que entraba en ella.

—¿Cómo va todo, Marvin?

—Estupendamente, Lenka.

—¿No te molestaré si me siento unos minutos a tu lado?

—Al contrario. Me servirá de distracción charlar un poco contigo.

—Gracias.

Lenka Singh se sentó en el sillón del copiloto y contempló el espacio infinito.

—¿Se me nota mucho que estoy asustada, Marvin?

—En absoluto.

—Pues lo estoy. En cuanto oigo pronunciar el nombre de Therko, siento escalofríos.

—¿Por qué formas parte de la expedición, entonces?

—No tuve valor para negarme. Corinna estaba decidida a ir a Therko, y había convencido a Anders y Leónidas para que le acompañaran. Moralmente, yo estaba obligada a formar parte de la expedición. Si me hubiera quedado en la Tierra, Stefano no me lo habría perdonado.

—¿Significa mucho para ti?

—Bastante.

—Entiendo.

—¿Crees que lo encontraremos, Marvin?

—Espero que sí.

—Con vida, me refiero. Cuentan tantas cosas sobre Therko...

—Stefano no las creía, según tengo entendido.

—Es cierto. Le oí decir muchas veces que la llamada de Therko era solamente una leyenda.

—Es posible.

—¿Tú tampoco crees en ella, Marvin?

—Ni creo, ni dejo dé creer. Saldremos de dudas en cuanto lleguemos.

—Therko puede ser nuestra tumba.

—No pienses en eso.

—Tú no tienes miedo, ¿verdad?

—Un poco, lo confieso.

—No lo creo. Tienes fama de valiente. E hiciste honor de ella, dejándote contratar por Corinna.

—En principio le dije que no. ¿No te lo contó?

—No, volvió muy contenta, asegurando que eras el hombre más atrevido que jamás había conocido.

Marvin Kelton carraspeó.

—Me temo que no entendiste el verdadero significado de las palabras de Corinna, Lenka.

La rubia rió.

—Corinna dijo lo de «atrevido» en todos los sentidos, ¿verdad?

—Sospecho que sí.

—Mejor.

—¿Por qué dices eso?

—Me encantan los hombres atrevidos. Especialmente, si son altos, musculosos, y atractivos. Como tú, Marvin.

—Caramba, muchas gracias.

—¿Cuándo pondrás el piloto automático?

—Cuando me canse de pilotar personalmente la nave. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo que decirte algo, Marvin.

—Soy todo oídos.

—No, aquí no. Te lo diré en mi camarote. O en el tuyo, como prefieras.

—Está bien, procuraré encontrar un momento.

—Te estaré esperando —sonrió atrevidamente la rubia, levantándose del sillón y abandonando la cabina de mandos.

* * *

Marvin Kelton estaba impaciente por saber lo que quería decirle Lenka Singh. La verdad es que lo sospechaba, pero quería oírlo de sus propios labios, para estar seguro.

Esperó un poco más, y después conectó el piloto automático, saliendo seguidamente de la cabina de mandos. Fue directamente al camarote que ocupaba la amiga íntima de Stefano Guerini y pulsó el timbre.

Lenka Singh le abrió al instante.

—Vaya, no te esperaba tan pronto, Marvin... —dijo, sonriendo sensualmente.

—Siento curiosidad por saber lo que tienes que decirme, Lenka.

—Pasa y lo sabrás.

Marvin entró en el camarote, cuya puerta cerró la rubia. Sin perder un solo segundo, Lenka rodeó con sus brazos el cuello de Marvin y pegó literalmente su cuerpo al de él.

—Esto era lo que quería decirte —susurró, y le besó en los labios con ardor.

Marvin, naturalmente, la abrazó y le devolvió el beso con idénticas ganas, que para eso era un hombre y Lenka un monumento de mujer.

Cuando separaron sus bocas, Lenka no tuvo reparo en confesar:

—Te deseo, Marvin.

—Y yo a ti, Lenka.

—Hagamos el amor, pues.

—¿Y Stefano…?

—Está en Therko. Y puede que esté muerto.

—También puede que esté vivo. Y no le gustaría saber que tú y yo…

—No tiene por qué saberlo.

—Es posible que lo descubra, Lenka.

—Bueno, aunque así fuera, no llegaría la sangre al río. Stefano viaja mucho, me deja sola semanas y hasta meses enteros. El ya debe suponer que yo no puedo esperar tanto sin un hombre. Soy una mujer ardiente, necesito hacer el amor con regularidad. Y de hecho lo hago, Marvin. Sin embargo, no por ello dejo de sentir lo mismo por Stefano. Es el hombre de mi vida, pero cuando él no está… Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Amémonos, Marvin.

—Me encantaría, créeme. Pero no puedo romper mi promesa.

—¿Qué promesa?

—La que le hice a Corinna.

—¿Corinna?

—Verás, ella intuyó que tú y yo podríamos llegar a esto, y me hizo prometer que no me acostaría contigo.

Lenka Singh se enfureció.

—¿Qué derecho tiene Corinna a…?

—Ayer, cuando vino a contratarme, hicimos el amor —mintió Marvin.

—¡Claro, por eso volvió tan contenta! —exclamó la rubia.

—Lo pasamos muy bien, sí.

—Conmigo aún lo pasarías mejor, te lo aseguro.

—Es posible. Sin embargo, una promesa es una promesa, Lenka.

La rubia se separó de Marvin.

—Está bien, diviértete con Corinna. Pero no pienses que vais a ponerme los dientes largos. También están Anders y Leónidas. Son jóvenes y fuertes. Y rinden mucho en la cama, lo sé por experiencia.

—Te has acostado ya con ellos, ¿eh?

—Más de una vez.

—Los envidio, créeme.

—Lárgate, Marvin.

—Lo siento, Lenka —dijo Kelton, y salió del camarote.

* * *

Corinna Wellch se hallaba tumbada en la litera de su camarote, cuando oyó sonar el timbre. Se levantó, con el gesto agrio, y abrió la puerta.

—Hola, Corinna —dijo Marvin Kelton, con una agradable sonrisa.

—¿Qué diablos quieres? —gruñó ella.

—Hablar unos minutos contigo.

—En otro momento. Ahora me duele la cabeza.

—Por favor, no te muestres huraña conmigo. Lo de antes fue solo una broma.

—¿Broma?

—Déjame pasar y te lo explicaré.

—Está bien.

Marvin entró en el camarote, cerrando él mismo la puerta.

—No soy un vulgar chantajista, Corinna.

—Pues lo disimulas muy bien.

—Lo de hacer el amor con Lenka, no iba en serio.

—¿Seguro?

—Puedo demostrártelo.

—¿Cómo?

—Hace apenas un par de minutos, Lenka me propuso hacer el amor.

—¿Qué…?

—Tranquilízate, porque yo la rechacé, diciéndole que estoy

interesado por ti. Y para que no lo dudara, le dije que hicimos el amor en mi apartamento.

—¿Y ella se lo creyó...?

—¿Por qué no se lo iba a creer?

—¡No debiste decirle eso, Marvin!

—Era la única manera de librarme de ella, Corinna. No volverá a proponérmelo en todo el viaje. Eso era lo que tú querías, ¿no?

—Sí, pero...

Marvin la tomó por la cintura y la atrajo suavemente hacia sí.

—Sólo le mentí a medias, porque es cierto que estoy interesado por ti.

—Eso lo dices para que me acueste contigo.

—Te juro que no. Y te diré algo más, Corinna. Si accedí a llevaros a Therko, fue por ti.

—Me gustaría creerte, pero...

Marvin la besó con vehemencia.

Después, preguntó:

—¿Me crees ahora, Corinna?

Ella sonrió.

—Estás empezando a convencerme —confesó, y ahora fueron sus labios los que buscaron el contacto con los de Marvin Kelton.

CAPITULO VII

Según las cartas de navegación de Marvin Kelton, era sólo cuestión de minutos que el planeta Therko surgiera a lo lejos.

Marvin había hecho saber a los expedicionarios que se estaban aproximando al misterioso Therko, y todos habían acudido a la cabina de mandos, para contemplar personalmente la aparición del peligroso planeta.

Corinna Wellch ocupaba el sillón del copiloto, mientras que Lenka Singh y el pelirrojo Anders ocupaban los dos asientos posteriores. Junto a ellos, de pie, permanecía el rudo Leónidas.

Los cuatro tenían los ojos fijos en el mirador de la cabina, muy atentos a la inminente aparición del planeta Therko. Observaban el espacio sideral en silencio, conteniendo su nerviosismo y el lógico

temor que les inspiraba el extraño mundo, del que tantas y tan terribles cosas se contaban, sin que nadie, hasta el momento presente, hubiera podido demostrar que eran ciertas o que solamente se trataba de una fantástica leyenda.

Marvin Kelton también permanecía atento a la aparición de Therko.

Durante los varios días que había durado el viaje, no había tenido ningún problema con Lenka Singh. La hermosa rubia, sin lugar a dudas, había saciado sus deseos de mujer joven y ardiente con Leónidas y Anders, y no se había visto obligada a proponerle de nuevo a Marvin que hiciera el amor con ella.

Marvin la hubiese rechazado nuevamente, porque tenía más que suficiente con la preciosa Corinna, que ya el primer día de viaje se le entregó sin reservas, gozando los dos intensamente en todas y cada una de sus uniones íntimas.

Para Marvin y Corinna, pues, el viaje a Therko había sido una especie de maravilloso crucero de placer. Por desgracia, y ambos lo sospechaban, los momentos de placer se habían acabado y ahora empezaban los momentos de incertidumbre, de angustia, de peligro.

Lenka, Anders y Leónidas también intuían que iban a vivir una terrible aventura en Therko, y no podían evitar el preguntarse si saldrían con bien de ella y podrían regresar felizmente a la Tierra, o si quedarían atrapados para siempre en el misterioso planeta, como Stefano, Bernd, y tantos otros.

Los minutos pasaban muy lentamente, en medio de una tensión que se acentuaba por segundos, haciendo aumentar el ritmo cardíaco de las cinco personas que viajaban en la nave.

Por fin, Therko apareció a lo lejos.

Marvin Kelton, con su vista de lince, fue el primero en descubrir el peligroso planeta.

—Ahí lo tenemos —indicó.

Corinna, Lenka, Anders y Leónidas lo descubrieron también.

—¿Seguro que es Therko? —preguntó Corinna.

—Sí, no hay duda. Está en el lugar exacto —respondió Marvin.

—Pronto sabremos si la llamada de Therko es un hecho real... —murmuró Lenka.

—No debemos obsesionarnos con ello, o no sabremos si realmente oímos algo, o si solamente lo imaginamos —advirtió

Kelton, el más sereno de todos.

—Marvin tiene razón —habló Leónidas—. Es mejor que no pensemos en la llamada de Therko.

—Estoy de acuerdo —dijo Anders—. Tengamos la mente fría y tranquila. Si ese planeta nos llama, lo oiremos aunque estemos pensando en otras cosas.

—Guardemos silencio —indicó Marvin—. Los micrófonos exteriores de la nave están abiertos, y si se produce algún sonido, lo captarán perfectamente.

Se callaron todos.

La nave seguía acercándose a Therko.

Marvin Kelton empezó a reducir la velocidad.

El color rojizo del mediano planeta, con algunas manchas azules, era ya perfectamente visible.

Al aproximarse un poco más, empezaron a captar el extraño y lejano canto de dulces voces femeninas, suaves, melodías como interpretado por un coro de hermosas sirenas.

Todos lo oían, pero ninguno se atrevía a confesarlo, temiendo que fuera sólo fruto de su imaginación, tal y como había advertido poco antes Marvin Kelton.

El propio Marvin dudaba de las exóticas y sugeren tes voces femeninas que parecían captar sus oídos, y prefirió no hablar de ello hasta estar absolutamente seguro de que sus nervios no le estaban jugando una mala pasada.

Corinna lo miró nerviosamente, como suplicándole que dijera algo, pero Marvin continuó callado. También Lenka, Anders y Leónidas se miraban entre sí, ¡ hechos un manojo de nervios, pero sin decidirse a romper el tenso silencio.

Finalmente, Marvin Kelton dijo: —Es la llamada de Therko.

* * *

Corinna Wellch, Lenka Singh, Anders y Leónidas, sintieron un gran alivio al escuchar las serenas palabras de Marvin Kelton, pues venían a confirmar que el coro de voces femeninas que ellos oían no era fruto de su imaginación, sino que existía realmente.

—¡Era cierto! —exclamó el pecoso Anders.

—¡La llamada de Therko es un hecho real! —añadió Leónidas.

—¡No era una leyenda! —dijo Lenka.

—¡Son voces de mujer! —exclamó Corinna.

—Vamos, tranquilizaos —rogó Marvin—. Peor hubiera sido escuchar un coro de poderosos rugidos de bestias salvajes, ¿no?

—¡Seguro! —estuvo de acuerdo la rubia Lenka.

—¿Cómo saben las mujeres de Therko que nos estamos acercando a su planeta —se preguntó en voz alta Leónidas—. Es imposible que puedan ver nuestra nave...

—¡Eso mismo me estaba diciendo yo! —exclamó Anders.

—Calma, muchachos —rogó de nuevo Marvin—. Tal vez no se trate de voces de mujer.

—¿Qué otra cosa podría ser? —preguntó Lenka.

—El rumor de los mares, quizá. O el viento. O algún fenómeno natural de Therko... Pueden ser muchas…

—Yo juraría que son voces de mujer, Marvin —dijo Corinna.

—A mí también me lo parecen, lo confieso —respondió Kelton—. En fin, no tardaremos en salir de dudas. Pronto estaremos sobrevolando la superficie de Therko.

Guardaron nuevamente silencio los cinco.

Therko estaba ya muy cerca, y cada vez se oían con más claridad las cautivadoras voces de las mujeres de Therko, que parecían llamarles, invitarles a posarse en su planeta.

La nave empezó a sobrevolar la superficie del misterioso planeta.

Durante algunos minutos, no encontraron nada de particular.

Montañas, regiones desérticas, bosques solitarios...

Hasta que apareció el mar, azul y tranquilo, la hermosa playa, de fina y dorada arena, y las varias docenas de bellísimas mujeres, bañándose y tomando el sol, completamente desnudas.

* * *

La reacción de Marvin, Corinna, Lenka, Anders y Leónidas, fue idéntica a la que en su día experimentaran Stefano Guerini y Bernd Stark.

Sí, también ellos se quedaron absolutamente perplejos al descubrir a todas aquellas mujeres desnudas, gozando como niñas de las caricias del agua del mar y de los cálidos rayos solares, alegres, sonrientes, incitándoles con el gesto a posar su nave en la larga playa y salir de ella.

—Esas eran las voces que oíamos —murmuró Marvin—. Y que

seguimos oyendo…

—Nos llaman —musitó Corinna.

—Sí, quieren que bajemos —dijo Lenka.

—Por mí, encantado —habló Anders.

—Lo mismo digo —añadió Leónidas—. Será un placer saludar a todas esas bellezas desnudas.

—Me temo que os quedaréis con las ganas, muchachos —dijo Marvin—Por el momento, al menos.

—¿Por qué? —preguntó Anders.

—No vamos a bajar.

—¿Por qué no, Marvin? —inquirió Leónidas, desilusionado.

—No me fío de esas mujeres.

—¿Piensas que puede ser una trampa, Marvin? —preguntó Corinna.

—No me extrañaría en absoluto. Hay muchas, alrededor de cincuenta, todas de la misma edad y con idéntica hermosura. Son una pura tentación. Se diría que alguien las ha elegido como anzuelo para atraparnos.

—Tal vez tengas razón, Marvin —opinó Lenka—. Es mejor que no bajemos.

—Desde luego —estuvo de acuerdo Corinna.

Anders y Leónidas no están tan de acuerdo, pero no insistieron, limitándose a contemplar con ojos brillantes los esculturales cuerpos desnudos del medio centenar de mujeres.

La nave sobrevoló la playa a escasa velocidad.

Las mujeres seguían llamándolos con sus dulces voces y agitando los brazos, pero Marvin Kelton no se dejó vencer por la tentación e hizo que su nave pasara de largo.

Las falsas mujeres de Therko se enfurecieron al ver que su plan, en esta ocasión, fallaba. Sin embargo no exteriorizaron su rabia, limitándose a expresar desencanto.

La nave terrestre se alejó tanto, que la perdieron de vista.

Algunos minutos después, sobrevolando todavía aquella interminable playa, descubrían a dos hombres atados a sendos postes clavados en la arena.

Ambos estaban prácticamente desnudos, pues sólo conservaban el slip, y tenían el cuerpo cubierto de latigazos.

Corinna Wellch dio un fuerte respingo y gritó:

—¡Son Stefano y Bernd...!

CAPITULO VIII

—¡Sí, son ellos! —gritó también Lenka Singh.

—¡Y están cubiertos de heridas! —observó el pelirrojo Anders.

—¡Yo diría que los han azotado! —adivinó Leónidas.

—Despiadadamente —añadió Marvin Kelton.

—¡Tenemos que salvarlos, Marvin! —dijo Corinna Wellch.

—Sí, bajemos por ellos.

Marvin Kelton hizo descender su nave, posándola a una cierta distancia de donde se hallaban, atados a los postes, Stefano Guerini y Bernd Stark.

Si la nave se hubiera posado más cerca de ellos, el remolino de arena los hubiese alcanzado, y esto era lo que Marvin quería evitar.

Antes de descender de la nave, Marvin entregó sendos fusiles de rayos infrarrojos a Anders y Leónidas.

—Os pueden hacer falta —dijo.

El pelirrojo empuñó su fusil con rabia y masculló:

—Me encantaría disparar sobre quienes dejaron en ese estado a Stefano y Bernd.

—Y a mí —rezongó Leónidas, apretando su arma con fuerza.

—Quizá tengáis ocasión —repuso Marvin, que se había reservado otro fusil de rayos infrarrojos.

Sin cambiar una sola palabra más, descendieron todos de la nave.

Stefano y Bernd parecían hallarse medio inconscientes, pero se agitaron al ver descender de la nave a Marvin, Anders, Leónidas, Corinna y Lenka.

Ambos movieron la boca, pero apenas pudieron emitir unos breves gruñidos.

—¡Stefano! ¡Bernd! —los llamó Corinna, estremecida.

Ellos movieron de nuevo sus bocas, pero no pudieron responder.

—¡No pueden hablar! —gritó Lenka, horrorizada—. ¡Los han dejado mudos!

Anders y Leónidas sufrieron sendos escalofríos.

El primero barbotó:

—¡Si les han cortado la lengua, juro que haré pedazos a los que...!

—No creo que les hayan cortado la lengua —le interrumpió Marvin, más sereno—. Lo que sucede es que están tan débiles que no pueden hablar. Deben de llevar mucho tiempo atados a esos postes, sin comer ni beber, y recibiendo tandas de latigazos de cuando en cuando.

—¡Corramos en su ayuda, Marvin! —pidió Corinna, con lágrimas en los ojos.

—Sí, vamos por ellos. Pero con cuidado. Esta tranquilidad me resulta ciertamente sospechosa.

—Yo no veo a nadie, Marvin —dijo Leónidas, escrutando la playa en todas direcciones.

—Ni yo —rezongó Anders, haciendo lo propio.

—Tened los fusiles prestos, por si acaso —aconsejó Kelton, y echó a andar hacia los postes.

Anders y Leónidas le siguieron flanqueándole.

Corinna y Lenka caminaron también, entre Anders y Leónidas.

Alcanzaron los postes sin que sucediera nada.

Así, vistos de tan cerca, el aspecto de Stefano y Bernd aún resultaba más estremecedor.

—Dios mío, Stefano... —gimió Corinna, muy pálida.

Sentía deseos de abrazar y besar a su primo, pero tuvo que reprimirse, consciente de que le haría daño apenas le rozase el cuerpo, destrozado a golpes de látigo.

Lenka sentía idénticos deseos, pero también ella se contuvo, por la misma razón.

Stefano y Bernd seguían boqueando, pero continuaban sin poder emitir más que cortos gruñidos. Afortunadamente, no se debía a que los seres que les habían azotado y atado a aquellos postes les hubiesen arrancado la lengua, como en principio temiera el pelirrojo

Anders.

Stefano conservaba la suya, y Bernd también, según pudieron comprobar Marvin, Corinna, Lenka, Anders y Leonidas.

Marvin indicó:

—Corinna, Lenka, desatadlos. Anders, Leónidas y yo vigilaremos.

Las dos mujeres se apresuraron a soltar a Stefano y Bernd.

Como habían sido atados a conciencia, tardarían un poco en conseguirlo. El nerviosismo y la angustia, además, entorpecían sus movimientos.

Marvin se dio cuenta de ello, pero dejó que Corinna y Lenka continuaran con su tarea, pues Anders, Leónidas y él debían seguir con los fusiles empuñados.

Todo continuaba muy tranquilo, pero Marvin tenía la corazonada de que muy pronto iba a ocurrir algo.

Y desgraciadamente, su presentimiento se cumplió.

El peligro no les llegó desde la derecha de la playa, ni tampoco desde la izquierda. Ni siquiera desde las altas rocas que se veían al fondo de la misma, y que formaban una especie de muralla.

El peligro surgió del mar.

Y como eso era lo que menos se esperaban Marvin, Anders y Leónidas, pues apenas miraban hacia allí.

Afortunadamente, Corinna y Lenka, al hallarse situadas detrás de los postes, quedaban frente al mar, y fueron ellas las primeras en descubrir el temible peligro que se les venía encima.

Las dos se pusieron a chillar como locas, al tiempo que apuntaban con sus brazos hacia el mar.

Marvin, Anders y Leónidas se volvieron al instante, lógicamente alarmados, y se quedaron helados de espanto al ver lo que estaba saliendo del agua.

* * *

Eran cangrejos.

Pero no se trataba de cangrejos vulgares y corrientes, de los que se cogen con la mano, se llevan a casa, y se echan en la sopa, para que ésta adquiera un sabor delicioso.

Aquellos cangrejos no cabían en la olla.

Ni siquiera cabían en un tonel.

¡Eran gigantescos!

¡Colosales!

¡Realmente monstruosos!

Estaban saliendo silenciosamente del mar, pero lo hacían con sus terroríficas pinzas en alto, dispuestas para atrapar a sus víctimas.

Dado el tamaño de las pinzas, había que pensar que no sólo podían atrapar a una persona con ellas, sino incluso triturarla y hasta partirla limpiamente en dos, si se lo proponían.

Lógico, pues, que el terror se hubiera apoderado del grupo de terrestres. Pero ello no impidió reaccionar a Marvin Kelton, que apuntó velozmente con su fusil a uno de aquellos espantosos cangrejos y apretó el gatillo.

El poderoso rayo infrarrojo alcanzó de lleno al gigantesco crustáceo.

El animalote chilló y encogió sus patas, totalmente abrasado.

—¡Disparad, muchachos! —rugió Marvin, apuntando a otro cangrejo gigante.

Anders y Leónidas reaccionaron, y comenzaron a disparar también contra los mosntruosos cangrejos.

Había bastantes.

Más de una docena.

Marvin Kelton, tras achicharrar a otro cangrejo gigante, volvió un instante la cabeza y gritó:

—¡De prisa, chicas! ¡Tenemos que volver a la nave, antes de que estos escalofriantes cangrejos nos atrapen con sus pinzas y nos dividan en porciones! ¡Soltad a Stefano y Bernd, y llevadlos hacia la nave!

Corinna y Lenka, venciendo su pánico, reanudaron la tarea, mientras Marvin, Anders y Leónidas se esfor zaban por contener el avance de los cangrejos gigantes.

Habían dado ya buena cuenta de media docena de ellos, pero como no paraban de surgir cangrejos del mar, mantenerlos a raya a todos se hacía cada vez más difícil.

Uno de ellos logró acercarse tanto a Anders, que ya casi lo tenía al alcance de sus gruesas y mortíferas pinzas. Intentó cazarlo con una de ellas, pero el pelirrojo le envió muy a tiempo un rayo infrarrojo, y el monstruoso crustáceo quedó convertido en una brasa, dando unos chillidos que herían los tímpanos.

Leónidas también corrió el peligro de verse atrapado por un cangrejo gigante, pero dio un veloz salto hacia atrás y se puso fuera del alcance de las largas pinzas del bicho, al que abrasó seguidamente de un certero disparo.

Marvin Kelton también se vio obligado a retroceder, para no verse partido en dos por la pinza de uno de aquellos horrorosos crustáceos, que se cerró justo en el lugar donde él se encontraba apenas un segundo antes.

Por fortuna, la monstruosa pinza sólo partió el aire.

Y eso sería lo último que partiese en su vida, porque Marvin disparó su fusil y asó literalmente al cangrejote.

Las cosas, sin embargo, se estaban poniendo muy feas, porque Marvin, Anders y Leónidas se veían obligados a retroceder, sin poder frenar el avance de los cangrejos gigantes.

Por suerte, Corinna y Lenka habían acabado de desatar a Stefano y Bernd, y ya los llevaban hacia la nave.

Los llevaban prácticamente a rastras, pues ellos apenas tenían fuerzas para sostenerse en pie, y tenían que apoyarse en Corinna y Lenka.

La rubia se ocupaba de su amigo íntimo, y Corinna llevaba al corpulento Bernd, por lo que su tarea era más difícil que la de Lenka.

Marvin Kelton vio que las chicas se dirigían ya hacia la nave, y gritó:

—¡Retrocedamos, muchachos! ¡Stefano y Bernd ya están libres!

Sin dejar de disparar contra los cangrejos gigantes, Marvin, Anders y Leónidas empezaron a retroceder hacia la nave.

Corinna y Lenka la alcanzaron y ayudaron a subir a Bernd y Stefano a la nave, lo que les supuso un gran esfuerzo.

Poco después, subían a toda prisa Marvin, Anders y Leónidas, y la puerta de la nave se cerraba.

CAPITULO IX

—¡Lo hemos conseguido! ¡Estamos a salvo! —exclamó Anders, eufórico.

—¡Los cangrejos gigantes se han quedado con las ganas de devorarnos! —dijo Leónidas, riendo.

—Poco faltó, muchachos —suspiró Marvin Kelton, pasándose el dorso de la mano izquierda por la frente, brillante de sudor.

Así, brillante de sudor, tenían Corinna Wellch y Lenka Singh todo el rostro. Ambas jadeaban, agotadas por el tremendo esfuerzo que se habían visto obligadas a realizar, llevando hasta la nave a Stefano Guerini y Bernd Stark.

—Ayudad a las chicas a llevar a Stefano y Bernd a los camarotes, y acostadlos —indicó Marvin a Anders y Leónidas—. Yo tengo que sacar la nave de esta maldita playa.

Anders y Leónidas se apresuraron a obedecer.

Marvin se dirigió a la cabina de mandos, encendió los reactores, y la nave se elevó, levantando una gran nube de arena, que envolvió a los monstruosos cangrejos que habían perseguido a Marvin, Anders y Leónidas hasta la misma nave.

Entretanto, Anders, Leónidas, Corinna y Lenka, habían metido en uno de los camarotes a Stefano y Bernd. En el de Corinna, concretamente.

Los acostaron con mucho cuidado en la litera. Como Bernd Stark pesaba más, lo pusieron en la parte inferior de la litera, e izaron a Stefano Guerini hasta la parte superior.

—Tenemos que curarles las heridas —dijo Corinna.

—Traeré el botiquín —dijo Lenka, y salió del camarote.

—Se han quedado quietos —observó Anders.

—Sí, y tienen los ojos cerrados —agregó Leónidas.

—Me parece que se han desvanecido —dijo Corinna—. Están muy débiles, y aunque Lenka y yo les ayudamos a alcanzar la nave, tuvieron que poner algo de su parte, y el esfuerzo acabó de agotarles.

—Bueno, al menos están vivos —suspiró Anders.

—Sí, eso es lo importante —dijo Leónidas—. Han sufrido mucho, pero se recuperarán.

—Las cicatrices de los latigazos no desaparecerán nunca —murmuró Corinna—. Sus cuerpos quedarán marcados para siempre.

El pelirrojo Anders apretó los puños.

—Maldito Therko...

Lenka Singh entró en aquel momento con el botiquín.

Ella se encargó de la cura de Stefano, mientras que Corinna se ocupó de Bernd Stark.

Ninguno de los dos volvió en sí durante la cura, por lo que Leónidas comentó:

—Mejor que no se hayan despertado. La cura les hubiera resultado muy dolorosa.

—Lo que necesitan ahora es descanso —dijo Anders—. Dormir cuarenta o cincuenta horas seguidas. Cuando se despierten, se sentirán mucho mejor, ya veréis. Podrán hablar, y nos contarán todo lo que les sucedió en Therko.

—Estoy deseando saberlo —confesó Corinna.

—Yo creo que fueron las mujeres de Therko —opinó Lenka—. Los llamaron, como a nosotros, con sus dulces y excitantes voces, y ellos no pudieron resistir la tentación que suponía verlas a todas desnudas, tan hermosas, tan sonrientes, tan exuberantes. Posaron su nave en la playa, descendieron de ella, y se reunieron con las mujeres, sin sospechar que se trataba de una trampa para capturarlos.

—Una trampa en la que nosotros también estuvimos a punto de caer, por cierto —repuso Anders.

—Menos mal que Marvin olfateó el peligro, y se negó a posar su nave en la playa —recordó Leónidas.

—Le debemos mucho —dijo Corinna—. Accedió a traemos a Therko, aun sabiendo lo peligroso que podía resultar, y nos ayudó a rescatar a Stefano y Bernd. Siempre él.

—Es verdad —reconoció Lenka.

—Bien, creo que debemos dejar solos a Stefano y Bernd —opinó Leónidas.

—Sí, será lo mejor —estuvo de acuerdo Anders. —Yo me quedo un rato más con ellos —dijo Corinna—. Pueden necesitar alguna cosa.

—Sólo necesitan dormir. Y tardarán mucho en despertar —aseguró el pelirrojo.

—De todos modos, me quedo. Velaré su sueño. —Yo me quedo

contigo —dijo Lenka.

—Está bien, como queráis. Vamos, Leónidas.

Anders y Leónidas salieron del camarote, dejando a solas a Corinna y Lenka con Stefano y Bernd.

* * *

El pelirrojo Anders tenía muy poco de profeta.

Había asegurado que Stefano y Bernd tardarían mucho en despertar, pero ambos abrieron los ojos a los pocos segundos de que Anders y Leónidas hubiesen abandonado el camarote.

Corinna y Lenka quedaron bastante sorprendidas, aunque la verdad es que se alegraron de que Stefano y Bernd hubiesen recobrado el conocimieno.

La primera cogió cariñosamente la mano de su primo y dijo:

—Estáis salvados, Stefano. Regresamos a la Tierra.

El rubio no respondió.

Ni siquiera movió la boca, para intentar hablar.

Tampoco Bernd Stark movió los labios.

Ambos se limitaron a mirar fijamente a Corinna y Lenka.

Había una extraña frialdad en sus ojos, pero las muchachas no parecieron reparar en ello.

—¿Os sentís mejor? —preguntó Lenka, cogiendo la mano de Bernd.

—Os hemos curado las heridas, y pronto estaréis bien —aseguró Corinna—. Sólo necesitáis descanso.

Stefano y Bernd continuaron inmóviles y callados, mirando a Corinna y Lenka con extraña fijeza y misteriosa frialdad, como si no las conociesen de nada.

—Lo habéis pasado muy mal, ¿verdad? —dijo Lenka—. Los latigazos, los monstruosos cangrejos... Menos mal que llegamos a tiempo de salvaros. Unos minutos más, y los cangrejos os hubiesen devorado.

—Casi se nos zampan a todos —añadió Corinna—. Por fortuna, Marvin Kelton sabe afrontar las situaciones más difíciles. Es un valiente. También Anders y Leónidas lo son. Entre los tres, les dieron lo suyo a los cangrejotes.

Repentinamente, Bernd Stark irguió su musculoso torso, repleto

de latigazos.
—¡Eh!, ¿qué haces...? —exclamó Lenka, lógicamente sorprendida.
Stefano Guerini también se irguió.
Y lo hizo sin el menor esfuerzo.
Como Bernd Stark.
¡Los dos parecían haber recobrado las fuerzas de golpe!
Corinna Wellch, no menos perpleja que Lenka Singh, aconsejó:
—Tenéis que permanecer acostados, Stefano. No podéis levantaros, es malo para vuestras heridas que os mováis...
—Haced caso a Corinna y echaros de nuevo —rogó Lenka.
Stefano y Bernd no obedecieron y bajaron las piernas, terriblemente marcadas también por los látigos. Las de Stefano quedaron colgando, por ocupar la parte superior de la litera, pero las de Bernd descansaron en el suelo.
Corinna iba a insistir en que debían acostarse, cuando, súbitamente, ocurrió algo que la dejó atónita, lo mismo que a Lenka.
¡Las horribles marcas de los látigos se estaban borrando misteriosamente!
¡Parecía cosa de magia!
En poco más de un minuto, los cuerpos de Stefano Guerini y Bernd Stark quedaron totalmente limpios, sin el menor rastro de latigazos.
—No..., no es posible... —musitó Corinna, negándose a dar crédito a sus ojos.
Lenka iba a decir que tampoco ella podía creerlo, pero en ese preciso momento se puso en pie Bernd Stark, la rodeó con sus fuertes brazos, y le dio un apretado beso en los labios.
La sorpresa impidió reaccionar a la rubia, que quedó como muerta entre los brazos del corpulento Bernd.
Corinna tampoco entendía nada.
¿Cómo era posible que Bernd Stark se atreviese a Besar y abrazar a Lenka, en presencia de Stefano...?
Corinna miró a su primo, para ver qué cara ponía ahora.
Sorprendentemente, tenía la misma cara que antes.
¡No parecía importarle en absoluto que Bernd hubiera tomado entre sus brazos a Lenka, y la estuviese besando con pasión en los labios!
Y para que la sorpresa de Corinna fuese aún mayor, Stefano

Guerini saltó al suelo, abrazó con fuerza a su prima, y aplastó su boca contra la de ella, en fenomenal beso.

Corinna, como es natural, quedó anonadada ante la inesperada reacción de su primo, que se comportaba como si fuera su novio, en vez de un pariente que siempre la había tratado como a una hermana.

¿Qué estaba ocurriendo...?

¿Por qué Stefano y Bernd se comportaban de aquella manera tan rara...?

¿Qué les habían hecho a los dos en Therko...?

¿Qué había pasado con los latigazos? ¿Cómo habían podido borrarse totalmente sus marcas, en poco más de un minuto...?

Sólo Stefano y Bernd podían responder a todas estas preguntas, así que Corinna forcejeó con su primo y consiguió que éste separase su boca de la de ella.

—¿Qué significa esto, Stefano...? —exclamó—. ¿Por qué me besas a mí, en vez de besar a Lenka? ¿Y por qué consientes que Bernd bese a Lenka? ¿Es que ella ya no te importa...?

Stefano Guerini, por toda respuesta, le asestó un golpe en el cuello a su prima, con el canto de la mano, seco y preciso, y la muchacha se derrumbó en el acto, sin conocimiento.

Un instante después, era Lenka Singh la que se desplomaba sin sentido, al recibir un golpe de Bernd Stark, igualmente asestado en el cuello, con el filo de la mano.

CAPITULO X

La nave de Marvin Kelton seguía alejándose de Therko a gran velocidad, mientras Anders, Leónidas, y el propio Marvin conversaban en la cabina de mandos, sin sospechar lo que estaba ocurriendo en el camarote de Corinna Wellch.

Marvin pilotaba la nave, pero de pronto conectó el piloto automático y se levantó, diciendo:

—Voy a ver qué tal siguen Stefano y Bernd.

—Profundamente dormidos, seguro —respondió el pelirrojo

Anders.

—No creo que despierten antes de un par de días —añadió Leónidas.

—Vuelvo en seguida, muchachos.

Eso fue lo que dijo Marvin Kelton, pero se quedó clavado.

Y con razón.

Stefano Guerini y Bernd Stark acababan de entrar en la cabina de mandos, en slip y con el cuerpo totalmente limpio de latigazos.

Marvin lo veía y no lo creía.

Y lo mismo les sucedía a Anders y Leónidas.

Ambos contemplaban a Stefano y Bernd con cara de idiotas.

De pronto, el pelirrojo se puso en pie y exclamó:

—¡Milagro! ¡Esto es un milagro! ¡Stefano y Bernd están en pie firme, y no queda rastro de los latigazos!

Leónidas siguió sentado y con la boca abierta.

Tampoco Marvin Kelton se movió.

Estaba tratando de hallar una explicación lógica, porque no creía en milagros. Sin embargo, no daba con ella.

—¡Un abrazo, muchachos! —dijo Anders, avanzando hacia Stefano y Bernd.

Stefano levantó la mano derecha y la descargó sobre el cuello del pelirrojo, de canto y con mucha fuerza.

Anders emitió un gemido, puso los ojos en blanco, y se desmoronó, quedando tendido en el suelo.

La inesperada agresión de Stefano Guerini al pelirrojo, hizo brincar de su sillón a Leónidas.

—¿Es que te has vuelto loco, Stefano…? —exclamó—. ¿Por qué has golpeado a Anders?

Stefano Guerini no respondió.

Ni siquiera alteró el gesto, extrañamente frío y sereno.

Bernd Stark dio un paso hacia Leónidas y levantó su mano derecha.

—¡Cuidado, Leónidas! —gritó Mervin Kelton.

Leónidas levantó el brazo izquierdo con rapidez y detuvo el golpe con él, respondiendo seguidamente al ataque de Stark, en cuya mandíbula estrelló su puño derecho.

Bernd Stark salió despedido, perdió el equilibrio, y acabó en el suelo.

Stefano Guerini atacó a Leónidas.

Marvin Kelton se lanzó en ayuda de Leónidas, diciendo:

—¡Yo me encargo de Stark!

Y es que el fornido Bernd ya se estaba incorporando.

Marvin se plantó junto a él.

Bernd intentó golpearle en el cuello con el filo de su mano, pero Marvin se agachó y burló limpiamente el hachazo. Una fracción de segundo después, Marvin incrustaba su puño izquierdo en el hígado de Bernd, que se encogió, emitiendo un rugido.

Marvin lo enderezó con su puño derecho, en magnífico gancho, y acto seguido le atizó de nuevo con la zurda, en todo el pómulo.

Stark cayó nuevamente al suelo.

Marvin se volvió un instante hacia Leónidas, que seguía peleando bravamente con Stefano, a quien seguramente vencería.

Stark se estaba incorporando de nuevo.

Marvin se dispuso a conectarle otra vez sus puños, pero Bernd se le echó encima antes de erguirse totalmente y lo arrolló.

Ya en el suelo, Bernd aferró el cuello de Marvin con sus manazas, como si quisiera estrangularle.

Marvin se vio en apuros.

Bernd Stark tenía una fuerza increíble, y acabaría con él si no conseguía quitárselo de encima.

¡Y rápido, porque sus manos de acero no le permitían respirar!

Marvin separó las suyas y golpeó los oídos de Bernd, arrancándole un alarido de dolor.

Stark soltó inmediatamente el cuello de Marvin y se agarró las orejas, al tiempo que cerraba los ojos apretadamente.

Ello le impidió ver el puño de Marvin, que iba directo a su rostro.

El puñetazo tumbó a Bernd.

Marvin, dispuesto a acabar con la pelea, le soltó un mazazo a Bernd Stark en toda la nuca y le hizo perder el conocimiento.

Entonces, ocurrió lo que Marvin Kelton menos esperaba.

¡Bernd Stark empezó a sufrir una horrenda metamorfosis!

*   *   *

Marvin Kelton se apartó, horrorizado.

Leónidas se dio cuenta también de lo que le estaba ocurriendo a

Bernd Stark, y quedó paralizado de horror, circunstancia que aprovechó Stefano Guerini para asestarle un duro golpe y derribarlo.

Leónidas quedó medio aturdido.

Stefano se volvió hacia Mervin Kelton.

—¡Cuidado, Marvin...! —gritó Leónidas.

Kelton reaccionó e hizo frente a Stefano, bloqueando el brazo derecho de éste, que ya caía sobre él.

La réplica de Marvin fue muy veloz.

Sospechaba que con Stefano sucedería lo mismo que con Bernd, si perdía el conocimiento, y quería que lo perdiese cuanto antes.

Lo consiguió, tras dos buenos puñetazos, el primero en la cara y el segundo en el estómago, y cuando Stefano se dobló, entrelazó sus manos y las descargó sobre su nuca.

Stefano Guerini cayó como una res apuntillada.

Al instante, comenzó su espantosa mutación.

Marvin retrocedió hasta donde se encontraba Leónidas, y lo ayudó a ponerse en pie.

La mutación de Bernd Stark, casi había concluido.

Se había convertido en un ser monstruoso.

En un habitante de Therko.

Y Stefano Guerini se convirtió en otro.

* * *

Marvin Kelton y Leónidas contemplaban, estremecidos, los horripilantes cuerpos de aquel par de seres, de piel dura, verdosa, cubierta de rugosidades, brazos y piernas de batracio, monstruosa cabeza de rana, con un par de antenas en lo alto de ella.

—¿Qué..., qué significa esto, Marvin...? —musitó Leónidas, muy pálido.

—Significa que no caímos en la primera trampa, la que nos tendieron las hermosas mujeres desnudas, pero caímos en la segunda. Por lo visto, los seres que viven en Therko son mutantes.

—¿Quieres decir que pueden adoptar cualquier forma...?

—Exacto. Y estos dos suplantaron a Stefano y Bernd. Al perder el conocimiento, no pudieron seguir manteniendo la forma que habían adoptado, y recobraron su aspecto natural.

—¡Son unos seres escalofriantes, Marvin!

—Estoy completamente de acuerdo.

—¡Qué espanto, Dios!

—Vigílalos, Leónidas. Y reanima a Anders, si puedes. Yo voy a ver qué ha sido de Corinna y Lenka.

—¡Espero que no las hayan matado!

—No, no creo. Estos horribles seres querían cogernos vivos.

—¡Cogeré un fusil de rayos infrarrojos, y si se mueven, los achicharro!

—No dudes en hacerlo, Leónidas. Estos seres son tremendamente peligrosos. Ya nos han hecho una pequeña demostración.

—No temas, Marvin. No me dejaré sorprender por ellos.

Kelton le dio una palmada a la espalda y salió de la cabina de mandos, yendo directamente al camarote de Corinna Wellch.

La encontró tirada en el suelo, lo mismo que a Lenka Singh.

Las dos tenían los ojos cerrados, pero Marvin pudo comprobar que sólo estaban inconscientes. Intentó reanimarlas, empezando por Corinna.

Apenas un minuto después, la muchacha entreabría los ojos.

—Marvin... —murmuró.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te sientes?

—¿Qué pasó?

—¿No lo recuerdas?

—Pues, creo que Stefano me estaba besando...

—¿Besando?

—Sí, en los labios, con una pasión impropia. Yo le pedí explicaciones, y él...

—Te golpeó.

—Sí, en el cuello. Todavía me duele.

—Lenka también fue golpeada.

—¿Por Bernd...?

—No.

—La estaba besando, pero a Stefano no parecía importarle. Después debió enfadarse, y golpeó a Lenka.

—Tampoco fue Stefano.

—¿Tampoco?

—No.

—¿Quién le pegó, entonces...?

—Un habitante de Therko.

—¿Qué...?

—Te lo explicaré en la cabina de mandos. Ahora, ayúdame a reanimar a Lenka.

Entre los dos, consiguieron que la rubia volviera en sí.

—¿Dónde estoy?... ¿Qué ha pasado? —preguntó Lenka, tan pronto como abrió los ojos.

—Te duele el cuello, ¿verdad? —preguntó a su vez Marvin.

—Oh, sí, muchísimo... Creo que fue Bernd quien me golpeó. Me estaba besando, sin más ni más, y de repente...

—No era Bernd Stark, sino un habitante de Therko que había adoptado su personalidad. Y lo mismo pasó con Stefano Guerini.

Corinna Wellch respingó.

—¿Tampoco era él...?

Marvin Kelton movió la cabeza negativamente.

—Era otro habitante de Therko, Corinna. Son mutantes, y pueden adoptar cualquier forma. Los cogimos a los dos. Están en la cabina de mandos, y Leónidas los vigila. Vamos, no quiero dejarle solo más tiempo.

—¿Solo?... ¿Qué le ha pasado a Anders? —preguntó Corinna.

—Recibió un golpe en el cuello, como vosotras, y perdió el sentido. Puede que ya lo haya recobrado. Vamos, allí os enteraréis de todo. Y, por favor, no os pongáis a chillar cuando veáis lo feos que son los habitantes de Therko.

—¿Tan horribles son...? —se estremeció Lenka.

—Los cangrejos gigantes eran más guapos —aseguró Marvin, y sacó a las dos muchachas del camarote.

* * *

El pelirrojo Anders, efectivamente, había vuelto en sí, ayudado por el rudo Leónidas, quien, mientras apuntaba a los dos habitantes de Therko con un fusil de rayos infrarrojos, informó a su compañero de lo sucedido.

—¡Parecen dos sapos gigantes! —exclamó Anders, que no lograba acostumbrarse al horripilante aspecto de los seres de Therko.

—¿Qué habrá sido de Stefano y Bernd? —preguntó Leónidas.

—Quizá hayan muerto...

—Me asusta volver a Therko, te lo confieso.

—¿Volver a Therko? ¿Ha dicho Marvin que vamos a regresar a ese maldito planeta…?

—No lo ha dicho, pero sospecho que lo dirá.

Anders guardó silencio, para no confesar que a él también le asustaba volver a Therko. Le aterraba, más bien, ahora que conocía el escalofriante aspecto de los habitantes de aquel condenado planeta.

CAPITULO XI

A pesar de la advertencia de Marvin Kelton, Corinna Wellch y Lenka Singh estuvieron a punto de desma yarse de terror cuando entraron en la cabina de mandos y contemplaron a los dos habitantes de Therko, que tan inteligentemente habían suplantado a Stefano Guerini y Bernd Stark.

Corinna y Lenka chillaron a dúo, no pudieron evitarlo, porque la impresión fue terrible.

—Ya os dije que los cangrejos gigantes eran más guapos —recordó Marvin, con una sonrisa.

Corinna se abrazó fuertemente a él.

—¡No puedo mirarlos, Marvin!

—Tendrás que acostumbrarte, preciosa. Están en nuestra nave, y no podemos arrojarlos al vacío.

—¡Yo voto por eso! —dijo Lenka, que se había abrazado al pelirrojo Anders, y tampoco miraba al par de seres de Therko.

Anders había cogido un fusil de rayos infrarrojos, y también él

apuntaba a los dos habitantes de Therko, que seguían inmóviles y con los ojos cerrados, sin recobrarse de los duros golpes que les propinara Marvin Kelton.

Marvin, que había empuñado asimismo un fusil de rayos infrarrojos, y además se había puesto un cinto, con una pistola de rayos láser pendiente de él, explicó:

—Nos conviene tener a estos dos seres como rehenes, Lenka.

—¿Para qué?

—Para canjearlos por Stefano y Bernd.

—Es posible que hayan muerto —opinó Anders.

—Tengo la corazonada de que siguen vivos. Y os diré por qué. Estos dos seres intentaron atrapamos vivos. Pudieron haber matado a Corinna y a Lenka, pero se limitaron a dejarlas inconscientes. Después, trataron de hacer lo mismo con nosotros tres. De haberlo conseguido, se hubieran encargado de hacer volver la nave a Therko, y hubiésemos quedado cautivos de los habitantes de ese maldito planeta. Estoy convencido de que no matan a los hombres y mujeres que caen en sus manos, sino que los someten a la esclavitud. Y usan los látigos con ellos, para hacerse obedecer. Sólo los que, a pesar de los latigazos, se niegan a cumplir sus órdenes, encuentran la muerte. Y creo saber qué clase de muerte. Los atan a sendos postes, en la playa, y los dejan allí hasta que aparecen los cangrejos gigantes y dan buena cuenta de ellos. Deduzco todo esto de la representación que hicieron estos dos seres, suplantando a Stefano y Bernd. Lo único falso, eran las víctimas. Todo lo demás se ajusta perfectamente a la realidad.

Marvin Kelton hizo una breve pausa y continuó:

—Si no estoy equivocado, y Stefano y Bernd siguen con vida, obligaremos a los habitantes de Therko a que los dejen en libertad, amenazándoles con matar a los dos seres que tenemos en nuestro poder. No tendrán más remedio que obedecer.

—¿Y cómo sabremos que no nos dan gato por liebre? —repuso Anders.

—¿A qué te refieres?

—A que, en vez de los auténticos Stefano y Bernd, pueden entregarnos dos nuevos impostores.

—No nos dejaremos engañar. Estos seres adoptan una perfecta apariencia terrestre, pero no conocen nuestra lengua y no pueden

hablar como nosotros. Y, mucho menos, adquirir los conocimientos que posee la persona que suplantan. No pueden entrar en su cerebro, sólo pueden suplantar su físico, pero no su personalidad. Por eso los falsos Stefano y Bernd se limitaban a emitir breves gruñidos, haciéndonos creer que no podían hablar a causa de su debilidad. Cuando realicemos el canje, nos aseguraremos de que los Stefano Bernd que nos entregan, son los verdaderos. Hablaremos con ellos, y si responden perfectamente a nuestras preguntas, sabremos que son los auténticos Stefano y Bernd.

Anders, Leónidas, Corinna y Lenka guardaron silencio.

Parecían meditar el asunto.

Marvin adivinó que a los cuatro les aterraba volver a Therko, ahora que ya sabían cómo eran y cómo actuaban sus habitantes, así que dijo:

—Comprendo que os asuste volver a Therko. Pero, sinceramente, creo que corríamos más peligro la primera vez que posamos nuestra nave en ese planeta. Ibamos a ciegas, sin saber lo que encontraríamos. Ni cuándo y dónde lo encontraríamos. Todos habíamos oído contar cosas horribles sobre Therko, pero ignorábamos si eran realidad o se trataba solamente de una leyenda. Ahora, sabemos la verdad. Existe la misteriosa llamada de Therko, y ella es la culpable de que muchas naves terrestres hayan desaparecido en ese maldito planeta. Sus tripulantes, tentados por las maravillosas formas de las falsas mujeres de Therko, cayeron en poder de los horribles habitantes de ese condenado mundo.

Es peligroso volver a Therko, lo admito. Sin embargo, esta vez no jugaremos a ciegas esta arriesgada partida. Lo haremos con un par de ases escondidos en la manga. Me refiero, claro está, a los dos seres de Therko que tenemos en nuestro poder. Con ellos, podemos ganar la partida.

Corinna, Lenka, Leónidas y Anders continuaron callados.

Marvin añadió:

—No puedo ni debo obligaros a volver a Therko. Sois vosotros los que tenéis que decidirlo libremente. A mí me contratasteis para llevaros a Therko, y ya lo hice. Si queréis que nos olvidemos de Stefano y Bernd, y regresemos a la Tierra, así lo haremos. Soy quien menos obligado está a arriesgar el pellejo por rescatar a Stefano y Bernd, pero quiero que sepáis que lo haré con mucho gusto, si

decidís volver a Therko. Lo más difícil, en mi opinión, ya lo hemos logrado.

Leónidas, Corinna, Anders y Lenka se consultaron con la mirada, en silencio, que finalmente rompió Corinna, diciendo:

—Opino como Marvin, pero tampoco yo puedo obligaros a volver a Therko, ahora que sé los peligros que existen en ese planeta. Arriesgasteis vuestra vida una vez, y no puedo pediros que la arriesguéis de nuevo. Creo que lo más justo es que sometamos el asunto a votación. Si la mayoría decide volver a Therko, volveremos; si no, regresaremos a la Tierra. ¿Os parece bien?

—Sí, lo encuentro justo —respondió Leónidas.

—¿Por qué votas tú? —preguntó Corina.

—Por volver a Therko.

—Ya somos dos, pues —sonrió Corinna, agradecida.

—Aún puede producirse un empate, puesto que yo no entro en la votación —señaló Marvin.

Anders y Lenka cambiaron una nerviosa mirada.

—¿Y si se produce el empate...? —preguntó el pelirrojo.

—Regresaremos a la Tierra —respondió Corinna, sin dudar.

Anders y Lenka se miraron de nuevo.

Tenían la posibilidad de regresar a la Tierra.

De ellos dependía.

Era muy tentador, desde luego. Sin embargo, el pelirrojo exhaló un suspiro y dijo:

—Tendría remordimientos si votara por regresar a la Tierra sin saber si Stefano y Bernd han muerto o siguen con vida, así que voto por volver a Therko, aunque confieso que lo haré con el corazón en un puño.

Lenka Singh se mordió los labios.

—Bien, la votación ha quedado decidida. Pero, aunque mi voto ya no puede alterarla, diré que estoy de acuerdo en volver a Therko. Lo haré atemorizada, como Anders. Y como todos, creo, porque es imposible no sentir miedo de estos seres tan espantosos. Sin embargo, no podemos regresar a la Tierra sin tener la certeza de que Stefano y Bernd han muerto. Pueden estar cautivos en Therko, y si es así, debemos intentar rescatarlos.

—Gracias, Lenka. Gracias a todos —dijo Corinna, emocionada.

—Bien, haré que la nave vuelva a Therko —sonrió Marvin—. No

dejéis de vigilar a nuestros amigos, muchachos —indicó a Anders y Leónidas, y se sentó frente a los mandos,

Hizo dar un giro de ciento ochenta grados a la nave, que se dirigió nuevamente a Therko.

Acababa de realizar la maniobra, cuando oyó gritar a Leónidas:

—¡Uno de los seres está abriendo los ojos, Marvin!

CAPITULO XII

Marvin Kelton conectó velozmente el piloto automático, brincó del sillón, y atrapó el fusil de rayos infrarrojos.

—¡No disparéis, muchachos! ¡Recordad que los necesitamos vivos!

Leónidas y Anders reprimieron su deseo de apretar el gatillo y acabar con el peligroso habitante de Therko, pero siguieron apuntándole con sus fusiles.

Marvin también lo apuntó con el suyo.

Corinna Wellch y Lenka Singh habían retrocedido, asustadas ante la posible reacción del espantoso ser.

El habitante de Therko observó con sus horrendos ojos al grupo de terrestres, sin decidirse a ponerse en pie. Después, contempló a su compañero, inconsciente todavía.

El monstruoso ser hizo vibrar sus peligrosas antenas, al tiempo que emitía un rugido de rabia, por su fracaso y por el de su compañero, pero siguió tumbado.

Conocía el poder de las armas terrestres, y sabía que si intentaba sorprender a los hombres que le apuntaban, éstos acabarían con él.

—No se atreve a levantarse —advirtió Marvin—. Vio lo que hicimos con los cangrejos gigantes, y no quiere que le pase lo mismo.

—Un tipo listo —rezongó Anders.

—Un sapo listo, querrás decir —corrigió Leónidas—. Porque eso es lo que parecen, gigantescos sapos.

—¡Cuidado, el otro se está despertando también! —advirtió Corinna.

Era cierto.

El otro habitante de Therko estaba abriendo sus monstruosos ojos y movía débilmente su cabeza de rana descomunal. Emitió un rugido, como antes hiciera su compañero, y tensó el par de antenas, que vibraron peligrosamente.

Sabía que podía costarle la vida.

Marvin Kelton sospechaba que sería muy difícil entenderse con aquel par de horribles seres, pero lo intentó.

—Prestad atención, habitantes de Therko. Es casi seguro que no entendéis lo que digo, pero quizá comprendáis mis gestos y mis expresiones. Quiero que os transforméis, que adoptéis de nuevo una apariencia terrestre. La misma que teníais, cuando luchamos.

Los dos seres continuaron quietos y silenciosos.

—Vamos, cambiad de aspecto —insistió Marvin—. Necesito que volváis a ser Stefano y Bernd. Sé que podéis hacerlo. Venga, no me hagáis esperar. Tengo un plan, y os necesito con la misma apariencia de antes.

Los dos habitantes de Therko cambiaron una mi rada.

Después, empezaron a transformarse.

Marvin, Anders y Leónidas no dejaron de apuntar les con sus fusiles ni un solo segundo, por si acaso adoptaban una apariencia más peligrosa aún que la suya natural y se lanzaban al ataque apenas concluyera el proceso de mutación.

—¡Te han entendido, Marvin! —exclamó Corinna.

—Eso parece. Aunque no me fío ni un pelo de este par de elementos.

—¡Se están volviendo humanos! Aunque parece que no adoptan una apariencia masculina...

—¡Lenka tiene razón! —exclamó Anders—. ¡Están adquiriendo una apariencia femenina!

En efecto, así era.

Los dos habitantes de Therko se estaban convirtiendo en mujeres terrestres. Pero no en dos mujeres al azar. Antes de iniciar su transformación, habían escogido a Corinna Wellch y a Lenka Singh como modelos.

Y en sus dobles se convirtieron.

Eran una copia exacta.

Sus hermanas gemelas.

*   *   *

Ni que decir tiene que Corinna Wellch y Lenka Singh se quedaron de muestra, al verse reflejadas como en un espejo. Ninguna de las dos podía articular palabra.

Marvin Kelton, Anders y Leónidas también contemplaban, asombrados, los hermosos cuerpos desnudos de Corinna y Lenka, perfectamente copiados por los dos seres de Therko.

Incluso sonreían igual que ellas.

Y así, desnudas y sonrientes, las falsas Corinna y Lenka se incorporaron lentamente y extendieron sus brazos hacia Marvin, Anders y Leónidas, como si quisieran acariciarlos.

Anders y Leónidas, embobados, no acertaron a reaccionar.

Por fortuna, Marvin Kelton era consciente del peligro que corrían y no permitió que las falsas Corinna y Lenka se acercaran.

—¡Atrás! —ordenó, amenazándolas con su fusil.

Ellas titubearon.

Después, avanzaron de nuevo.

Sin duda, pensaban que Marvin no sería capaz de disparar sobre ellas, mientras conservasen aquella apariencia.

Marvin, en efecto, no apretó el gatillo de su fusil, pero no por la razón que los mutantes pensaban, sino porque deseaba mantenerlos vivos a toda costa, para tratar de canjearlos por Stefano y Bernd.

Pero, como no podía permitir que las falsas Corinna y Lenka se les echasen encima, le propinó un golpe a la primera en el estómago, con la culata del fusil.

El ser de Therko emitió un chillido de dolor y se derrumbó, agarrándose la zona castigada.

La auténtica Corinna se cogió instintivamente el estómago, como si el golpe lo hubiera recibido ella.

La falsa Lenka saltó sobre Marvin, con intención de arrebatarle el fusil de rayos infrarrojos, pero el terrestre anduvo listo y le asestó un golpe con el arma, a la altura del hígado.

El mutante dio un grito y cayó al suelo.

A la verdadera Lenka le ocurrió lo mismo que a Corinna Wellch, y de una manera instintiva se llevó la mano al hígado y se lo oprimió, para segurarse de que no le dolía.

Las falsas Corinna y Lenka, desde el suelo, miraron con odio al

hombre que las había golpeado. Había hecho fracasar su plan, y no se lo perdonaban, porque era la segunda vez que les impedía llevar a cabo con éxito la misión que les había sido encomendada.

Marvin Kelton las amenazó de nuevo con su fusil y dijo:

—Bien, ya nos hemos divertido todos un poco. Ahora, toca transformarse en serio. Sé que me entendisteis perfectamente la primera vez, así que no voy a perder el tiempo repitiendo lo que quiero que hagáis. Tenéis un par de minutos para convertiros en los dobles perfectos de Stefano y Bernd. Si no lo hacéis, os abraso a los dos sin contemplaciones.

La amenaza surtió efecto, prueba inequívoca de que Marvin tenía razón al afirmar que los dos seres de Therko le entendían muy bien, pese a no hablar su lengua.

Se inició un nuevo proceso de mutación y, en poco más de un minuto, las falsas Corinna y Lenka se transformaron en los dobles idénticos de Stefano Guerini y Bernd Stark.

Y, esta vez, sin slip, porque los habían roto antes, cuando, tras perder el conocimiento, abandonaron la apariencia terrestre y recobraron su aspecto natural.

Marvin se dijo que los falsos Stefano y Bernd no debían permanecer así, exhibiendo con el mayor descaro sus atributos masculinos, porque resultaba muy violento para Corinna y Lenka.

—Anders, ve por un par de slips —indicó, acompañando sus palabras de un significado carraspeo—. Y, de paso, trae algo para atar a nuestros amigos. Así no podrán intentar nada.

—Entendido, Marvin —sonrió el pelirrojo, y salió de la cabina de mandos.

—No miréis, chicas —dijo Leónidas, con guasa.

—Yo se lo tengo todo muy visto a Stefano —respondió Lenka, con descaro.

—Pero no a Bernd.

—Bueno, tampoco es nada del otro mundo. Además, si vosotros no os tapasteis los ojos cuando estos seres adoptaron la apariencia de Corinna y la mía, tampoco tenemos por qué tapárnoslos nosotras ahora. ¿No opinas lo mismo, Corinna...?

La prima de Stefano se limitó a reír, lo mismo que Marvin y Leónidas.

Anders regresó con el par de slips y con unos pedazos de cuerda,

delgada, pero extraordinariamente resistente. Les arrojó los slips a los falsos Stefano y Bernd, diciendo:

—Poneos eso, exhibicionistas.

Los mutantes se colocaron los slips.

Después, Anders les ató las manos a la espalda, fuertemente.

—Átales también los pies —indicó Marvin—. Y que permanezcan tumbados boca abajo, no se les ocurra cambiar la forma de sus manos y se libren de las cuerdas con facilidad.

—Bien pensado, Marvin —aprobó Leónidas.

Anders ató los pies a los mutantes y los puso a los dos boca abajo.

—Quedaos así, compañeros —ordénó—. Y como in tentéis soltaros, sois hombres muertos.

—Sapos muertos —corrigió Leónidas, riendo.

Anders, Marvin, Corinna y Lenka rieron también.

—Vigiladlos bien, muchachos —indicó Marvin.

—Descuida, no les quitaremos ojo —respondió Anders.

Marvin Kelton volvió a sentarse frente a los mandos, desconectó el piloto automático, y pasó a dirigir personalmente la nave.

Poco después, divisaban Therko.

En esta ocasión, no se escucharon las dulces y melodiosas voces de las falsas mujeres de Therko.

Sin duda, los mutantes pensaban que sus dos compañeros se habían apoderado de la nave terrestre, y que eran ellos los que la pilotaban.

Marvin Kelton sonrió y murmuró:

—Menuda sorpresa os vais a llevar, compadres.

CAPITULO XIII

La nave terrestre se aproximaba a la playa.

Ahora no se veía una sola mujer bañándose o tomando el sol desnuda.

Las falsas hembras de Therko habían abandonado su apariencia terrestre, recobrando su aspecto natural, y así, con su horrible físico, esperaban la llegada de la nave terrestre, que suponían pilotada por sus dos compañeros.

Al ver aparecer la nave en el cielo, los seres de Therko empezaron a dar gigantescos saltos de alegría. Varios de ellos empuñaban látigos, y los hacían restallar en el aire o en la arena.

Leónidas, Anders, Corinna y Lenka se estremecieron al ver tantos seres de Therko juntos.

—¡Hay más de cincuenta! —calculó Corinna Wellch.

—¡Y dan unos saltos enormes! —exclamó Lenka Singh.

—Están contentos, porque creen que sus dos compañeros lograron atraparnos —dijo Marvin Kelton—. Buen chasco se van a llevar, cuando vean que los tenemos en nuestro poder.

—¿Cómo reaccionarán, Marvin? —preguntó Leónidas.

—Como reaccionaríamos nosotros, en su lugar. No querrán que matemos a sus dos compañeros, y accederán a entregarnos a Stefano y Bernd, a cambio de su libertad. Así lo espero yo, al menos.

—¿Y si Stefano y Bernd han muerto…? —dijo Anders.

—No creo que hayan muerto, ya os lo dije.

—Ojalá estés en lo cierto, Marvin —deseó fervientemente Corinna.

La nave estaba ya sobre la playa.

Marvin Kelton la hizo descender y la posó suavemente en la arena, que formó una nube, envolviendo por unos instantes la nave.

Los seres de Therko se apresuraron a rodear la nave terrestre.

Seguían dando saltos y latigazos al aire o en la arena, expresando así su júbilo.

Marvin Kelton se levantó de su sillón, empuñó el fusil de rayos infrarrojos, e indicó:

—Desátales los pies a nuestros amigos, Anders.

—En seguida.

El pelirrojo dejó en libertad las extremidades inferiores de los falsos Stefano y Bernd, y los obligó a ponerse en pie.

—Bien, compañeros, llegó la hora de la verdad —dijo Marvin al

par de mutantes—. Si queréis conservar vuestras vidas, pedid a vuestros amigos que nos entreguen a los verdaderos Stefano y Bernd. Ese es el precio de vuestra libertad. Y nada de trucos, ¿eh? Si vuestros compañeros intentan endosamos otro par de falsos Stefano y Bernd, se acabará mi paciencia y os asaré a los dos con mi fusil. Vamos, moveos.

Los dos seres de Therko salieron de la cabina de mandos y caminaron hacia la puerta de la nave, seguidos de cerca por Marvin, Leónidas y Anders, que los apuntaban con sus fusiles.

Corinna y Lenka iban detrás.

Ahora, ellas también empuñaban armas.

Marvin les había indicado que cogieran sendas pistolas de rayos láser, por si las cosas se ponían feas durante el intercambio de los dos seres de Therko por los auténticos Stefano y Bernd.

—Abre la puerta, Anders —indicó Marvin.

El pelirrojo accionó el mando correspondiente y la puerta de la nave comenzó a abrirse, suave y silenciosamente.

Al descubrir a los falsos Stefano y Bernd, los habitantes de Therko comprendieron que sus dos compañeros habían fracasado, y al instante dejaron de saltar y de hacer restallar sus látigos.

Instintivamente, los mutantes retorcedieron, temerosos del poder de las armas que veían en manos de Marvin, Leónidas, Anders, Corinna y Lenka.

—Abajo, muchachos —ordenó Marvin Kelton, empujando con el cañón de su fusil a la pareja de rehenes—. Y mucho cuidado con intentar nada, ¿eh? Al menor movimiento sospechoso, os abraso a los dos —amenazó, seguro de que los mutantes le entendían.

Los falsos Stefano y Bernd descendieron de la nave, seguidos de Marvin, Anders y Leónidas. Corinna y Lenka quedaron arriba, en la puerta de la nave, por indicación de Marvin.

Los seres de Therko retrocedieron un poco más, asustados.

Marvin tocó las espaldas de los rehenes con el extremo de su fusil, e indicó:

—Vamos, decid a vuestros compañeros lo que tienen que hacer, si quieren que os dejemos en libertad.

Los falsos Stefano y Bernd emitieron una serie de extraños gruñidos.

Estaban transmitiendo a sus compañeros la petición de los

terrestres.

Uno de los seres de Therko les respondió, igualmente con gruñidos, y luego ordenó a algunos de sus compañeros que fueran en busca de los auténticos Stefano y Bernd.

Eso, al menos, creyó Marvin Kelton.

El caso es que media docena de mutantes se alejaron, dando unos saltos colosales, y desaparecieron por encima de las enormes rocas que formaban una especie de dique al fondo de la playa.

Marvin, Anders y Leónidas vigilaban atentamente al numeroso grupo de mutantes. También Corinna y Lenka permanecían atentas, en la puerta de la nave.

A pesar de ello, no habían podido descubrir que cuatro seres de Therko habían saltado sobre la nave, porque lo hicieron por el lado opuesto a donde se encontraba la puerta.

En lo alto de la nave, los cuatro mutantes habían iniciado un silencioso proceso de transformación, convirtiéndose en cuatro terroríficas serpientes.

Era la forma ideal para deslizarse sigilosamente por el techo de la nave terrestre y caer por sorpresa sobre Corinna y Lenka, enrollándose rápidamente a sus cuerpos, para que no pudiesen hacer uso de sus armas.

De ello se ocuparían dos mutantes, mientras que los otros dos se apresurarían a cerrar la puerta de la nave, para que los tres varones terrestres no pudiesen acudir en ayuda de las dos mujeres.

Teniendo a los dos mujeres terrestres en su poder, los seres de Teherko volverían a tener la sartén por el mango, y les sería muy fácil obligar a los tres varones terrestres a rendirse.

Y después, los cinco probarían el sabor de sus látigos.

* * *

Los cuatro seres de Therko, convertidos en monstruosas serpientes, se estaban deslizando ya por el casco de la nave terrestre, buscando la puerta.

Corinna Wellch y Lenka Singh, totalmente ajenas al peligro que corrían, seguían vigilando a los mutantes. Tampoco Marvin, Leónidas y Anders se habían percatado de lo que estaba sucediendo, pues a ninguno de ellos se le había ocurrido mirar hacia lo alto de la nave.

Por fortuna, Marvin Kelton se dio cuenta de que los ojos de los seres de Therko parecían mirar todos hacia un mismo punto, lo cual le pareció sospechoso, y quiso saber qué o a quién m miraban.

Fue entonces cuando descubrió a las cuatro gigantescas serpientes, que estaban a punto de caer sobre los cuerpos de Corinna y Lenka.

—¡Cuidado, en lo alto de la nave! —rugió Marvin, volviendo su fusil hacia allí.

Anders y Leónidas se revolvieron también.

Corinna y Lenka miraron hacia arriba, descubriendo las cabezotas de dos de las serpientes, y ambas se pusieron a chillar, al tiempo que saltaban hacia atrás.

Marvin disparó y abrasó la cabeza de una serpiente, que cayó al suelo, emitiendo un agudo chillido.

Anders y Leónidas dispararon sobre las otras tres serpientes.

Corinna y Lenka reaccionaron e hicieron funcionar también sus pistolas de rayos láser.

Las tres serpientes resultaron alcanzadas, sin haber conseguido colarse en la nave terrestre, y se precipitaron contra el suelo, entre chillidos de dolor y de muerte.

Al perder la vida, los cuatro mutantes perdieron también la forma que habían adoptado para sorprender a las dos mujeres terrestres, y recobraron su aspecto normal.

Marvin, Anders y Leónidas apuntaron rápidamente al resto de los seres de Therko, temiendo que se lanzaran sobre ellos, pero no fue así. Continuaron todos muy quietos y silenciosos, contemplando los cadáveres de sus cuatro compañeros.

Tampoco los falsos Stefano y Bernd intentaron nada. Seguían con las manos atadas a la espalda, y para soltarse, tenían que cambiar de forma, pero como esto no podía hacerse en dos o tres segundos, no se atrevían a intentarlo.

Corinna y Lenka tenían asomarse de nuevo a la puerta de la nave, pero Marvin las tranquilizó, diciendo:

—El techo de la nave ha quedado despejado. Podéis asomaros sin miedo.

Las dos mujeres volvieron a asomarse y apuntaron con sus pistolas a los estáticos seres de Therko.

Los mutantes no intentaron sorprender de nuevo al grupo de

extraterrestres, y aguardaron quietos y silenciosos el regreso de los seres que habían ido en busca de los verdaderos Stefano y Bernd.

Transcurrieron todavía bastantes minutos.

Por fin, los seis habitantes de Therko aparecieron en lo alto de las rocas, trayendo consigo a Stefano Gue rini y Bernd Stark.

¿Los auténticos...?

¿O serían dos nuevos impostores...?

Era lo que se preguntaban Marvin, Anders, Leónidas, Corinna y Lenka.

Stefano y Bernd tenían las manos atadas a la espalda, se cubrían sólo con el slip, y sus desnudos cuerpos estaban terriblemente marcados por los látigos de los seres de Therko.

Los mutantes cargaban con ellos sin el menor esfuerzo aparente, y en unos cuantos saltos los llevaron cerca de la nave terrestre.

—¡Corinna! ¡Lenka! —exclamó Stefano, sin poder creer lo que sus ojos estaban viendo.

Tampoco Stark podía creerlo.

—¡Anders! ¡Leónidas! —siguió llamándolos Stefano.

Corinna Wellch sintió que las lágrimas acudían a

sus ojos.

—¡Son ellos, Marvin! —gritó—. ¡Los auténticos Stefano y Bernd!

—¡Sí, no hay duda! —exclamó Lenka, muy emocionada, también —. ¡Es la voz de Stefano! ¡No pueden ser dos impostores!

—¡Naturalmente que no somos impostores! —dijo Stark.

Los mutantes que los habían traído, se habían retirado.

Stefano y Bernd podían mantenerse en pie y caminar, aunque se apreciaba claramente su debilidad por el mal trato recibido durante los días en que habían permanecido cautivos de los seres de Therko.

—Subid a la nave, rápido —indicó Marvin.

Stefano y Bernd no se hicieron repetir la orden.

—¡Estos, éstos son los impostores! —barbotó el primero, al pasar junto a los dos mutantes que habían tomado su exacta apariencia.

Los falsos Stefano y Bernd miraron con furia a los verdaderos.

No podían permitir que fuesen rescatados, porque sus compañeros los culparían a ellos, por haber fracasado en la misión que les fue asignada.

Era peligroso intentar sorprender a los terrestres, pero no tenían más remedio que hacerlo, para rehabilitarse ante sus compañeros. Y,

sin dudarlo un solo segundo más, ambos se lanzaron sobre Marvin, Leónidas y Anders, confiando en derribarlos a los tres.

—¡Cuidado! —gritó Marvin, saltando de lado.

Anders y Leónidas no supieron reaccionar con la misma rapidez, y se vieron arrollados por los falsos Stefano y Bernd.

El resto de los mutantes se dijeron que ahora tenían la oportunidad de atrapar a los terrestres, y saltaron sobre ellos, enarbolando sus látigos.

Marvin Kelton escupió una maldición y comenzó a disparar furiosamente contra los seres de Therko.

—¡Arriba, muchachos! —gritó a Anders y Leónidas—. ¡Y disparad, como locos!

Anders y Leónidas brincaron del suelo y empezaron a gatillear.

Sus primeros disparos fueron para los falsos Stefano y Bernd, quienes, al perecer abrasados, empezaron a recobrar su horroroso aspecto.

Los auténticos Stefano y Bernd ya estaban subiendo a la nave, mientras Corinna y Lenka disparaban también rabiosamente contra los mutantes, destrozándolos con los rayos láser.

Sin dejar de disparar, Marvin, Leónidas y Anders retrocedieron y subieron a la nave. Tan pronto como los tres estuvieron dentro, Corinna accionó el mando y la puerta empezó a cerrarse.

Marvin, Anders y Leónidas todavía efectuaron algunos disparos, antes de que la puerta se cerrara totalmente.

Escasos segundos después, los reactores se encendían y la nave terrestre se elevaba, dejando la hermosa playa sembrada de mutantes abrasados y destrozados, mientras los que quedaban con vida rugían sin parar, furiosos por su fracaso.

EPILOGO

Mientras la nave de Marvin Kelton se alejaba más y más del

planeta Therko, Corinna Wellch y Lenka Singh se encargaron de atender a Stefano Guerini y Bernd Stark, ayudadas por Leónidas y Anders.

Stefano y Bernd contaron todo lo que les había sucedido en Therko, y ellos fueron informados, a su vez, de lo que les había pasado a Mervin, Leónidas, Anders, Corinna y Lenka.

Marvin Kelton había puesto el piloto automático, y ahora se hallaba también en el camarote que ocupaban Stefano y Bernd, quienes se apresuraron a darle las gracias por todo lo que había hecho.

—No hay de qué, muchachos —sonrió Marvin.

—Siempre estaremos en deuda contigo, Kelton —dijo Stefano—. Y con vosotros también —miró a los demás.

—No; actualmente, nosotros éramos los únicos. Todos los demás, murieron a latigazos o devorados por los cangrejos gigantes. Nosotros tampoco hubiéramos durado mucho.

—¿Y vuestra nave…?

—Los mutantes la hicieron caer al mar. Así es como hacen desaparecer las naves de las personas que capturan —explicó Stark.

—No capturarán ninguna más, porque informaremos detalladamente a las autoridades terrestres y se harán públicos los peligros que encierra el planeta Therko. Todos sabrán qué es y qué significa la llamada de Therko, y nadie más volverá a caer en la trampa. Ninguna nave querrá acercarse a ese maldito planeta —aseguró Marvin.

Conversaron unos minutos más, y luego dejaron solos a Stefano y Bernd, para que descansasen tranquilamente.

Más tarde, en el camarote de marvin Kelton, éste y Corinna Wellch tenían una interesante conversación, entre besos y caricias.

—¿Qué pasará cuando lleguemos a la Tierra, Marvin?

—¿A qué te refieres?

—A lo nuestro. ¿Terminará…?

—¿Por qué habría de terminar?

—No sé. A ti te gustan mucho las mujeres, y quizá desees cambiar.

—A ti no te cambiaría yo ni por una docena.

—¿Vamos a seguir juntos, pues?

—Toda la vida. Si tú quieres, claro.

—Por mí, encantada.

—Decidido, pues.

Se dieron un beso y luego Marvin dijo:

—¿Sabes qué será lo primero que haremos cuando lleguemos a la Tierra?

—¿Qué?

—¡Meternos los dos en mi bañera!

—¡Magnífica idea! —exclamó Corinna, riendo.

—Supongo que esta vez no te negarás, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! Estoy deseando saber qué clase de diabluras se pueden hacer en una bañera —confesó Corinna, con gesto malicioso.

—Te las enseñaré todas, una por una —prometió Marvin Kelton, y besó de nuevo los apetecibles labios de Corinna Wellch.

FIN